

LUZ SOBRE LA HISTORIA

Márcio Catunda

*El Cid, Loyola, Pizarro,
Santa Teresa, la Armada,
oro, sudor, sangre, barro,
cielo, sueño, polvo... nada.*
Miguel de Unamuno

*De todas las historias de la Historia,
sin duda la más triste es la de España.*
Jaime Gil de Biedma

La palabra es el sacramento de la humanidad.
José Ortega y Gasset

*Un fantasma de estandartes,
una bandera quimérica,
un mito de patrias, una grave ficción de fronteras.*
Miguel Hernández

*La poesía es didáctica, luz sobre la historia
y olvidados altares.*
José Alcides Pinto

MÁRCIO CATUNDA Y SU VISIÓN DE ESPAÑA

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Márcio Catunda es brasileño y además es diplomático, pero su singularidad no reside ahí, sino en su amor por la lengua y la cultura españolas, lo que le ha llevado a convertirse –con jubilosa obstinación– en un autor (en un poeta) en nuestra lengua. Yo tengo ya la fortuna de conocerlo desde hace unos dos años, cuando vino en Madrid a oír una conferencia o una lectura de mis versos y luego se quedó esperando para hablar conmigo...

No sin trabajo y pulimento (lo que avalora el empeño) Márcio ha escrito un caudaloso y muy singular libro de poemas en español que es, item más, un repaso pormenorizado y ferviente a la Historia de España, desde Tartessos hasta la época presidencial de Zapatero. Pero el tono hispanófilo podría darlo bien el último verso del volumen: “¿Cuándo la estrella del sepulcro del Quijote?”. Hablando alguna vez, y dejando de lado el retrato lírico que me hizo como a otros amigos, le dije a Márcio (pensando en otro lusitano con el que tuve buen trato y que era no poco hispanófilo asimismo, José Saramago) que de haber sido portugués y no brasileño, el fiel Márcio habría sido “iberista”, que es esa corriente (la verdad más portuguesa que española) que pide la unión federativa de España y de Portugal. Y llegados ahí ¿por qué no, también, la de sus hoy abrumadas excolonias americanas?

Márcio Catunda, que es hombre sencillo y de sagaz mirada, ha hecho un pequeño portento que no podría haber llevado a cabo un español de cuna: exaltar nuestra historia y hasta buscar luz en sus

momentos más sombríos, esa historia dotada de un sentido “ultra”, es decir con vocación de más allá, de la que alguna vez habló el gran Juan Larrea.

Debemos estar agradecidos a Márcio Catunda: nos ofrece nuestra historia, desde dentro y desde fuera y crea un tipo muy singular de poema, que utilizando el relato y dosis racionadas (y racionales) de lirismo, hace que tanta y tan caudal historia, nos llegue convertida en singular poema, a la par narrativo y sensitivo. Yo deseo a este “Luz sobre la historia” (el título es doblemente exacto) la mejor trayectoria lectora y crítica, felicitando a su autor por haber escrito desde Brasil un buen libro en español y sobre todo por iluminar una historia – la nuestra - que, a menudo, no entendemos o no queremos entender nosotros mismos. Un gran abrazo, Márcio.

Madrid- 16-VI-2011

PEQUEÑO INVENTARIO DE LOS ORÍGENES

Desde las lindes de los Pirineos
hasta el Peñón gibraltareño,
de Iberia se divisan los hallazgos.
En la meseta y en las serranías,
respiran aún los remotos testigos.
De Atapuerca, las hachas de piedra.
De Altamira, los murales rupestres,
los contornos de bisontes en las cuevas.
Sepulcros megalíticos,
sobre los que vaticinaban los arúspices.
Los pilares encendidos de Antequera.
Los ajuares de cobre en Los Millares.
El bronce forjado en El Argar.
Cistas y chozas, legados micénicos,
aldeas donde tallaron su impronta.
Estelas escritas de su historia,
brazaletes, discos de metal
en sus pechos ostentados.
Puñales con los que se enzarzaron.
Aras en que sacrificaron animales.
Los amuletos votivos del numen,
triumfos estampados en vasijas.
Suntuosa herencia - loto y caduceo.
Iberia de ribazos y frutales,
de los muertos incinerados.
Del toro celta y del arado ibérico.
Del oro del Jardín de las Hespérides.
De los altares de las diosas madres.

TARTESSOS

De Canaán llegan los hijos de Jafet,
adoradores de los demonios benévolos.

Gágoris, el domador de abejas,
a Habidis abandona a la intemperie.

Sobrevive el niño,
llevado por el numen de las olas
y alimentado por las ubres de las lobas.

Para sembrar en surco
y enseñar leyes de urbanidad,
rey de las cañadas trashumantes
el abuelo lo nombra.

En las fuentes de raíz de plata,
al pie del Collado de los Jardines,
sobre esteros y marismas, reinó Gerión.

Hércules vino a ese señorío,
a raptar los toros y a dar muerte al hijo de Crisaor.

Arcano de los periplos humanos,
antorchas levantó sobre las torres.

Argantonio ofrenda aceite y miel a las deidades.

Rastreando raíces argénteas,
sacrifica en honor de Astarté.

Los orfebres forjan tesoros,
ostentan collares de veneración.

Con caduceos de pedrerías, entre fuentes de abluciones,
adornadas de nereidas de oro,
pasean los oráculos de Melqart.

Desde el arco de Gadir, embarcan minerales
en pos del Báltico y de las Casitérides.

Hacia Tiro llevan plata los barcos fenicios,
volviendo a Cádiz rebosantes de marfiles y alabastros.

En el trasiego, relumbra el ámbar de los jarros.

En los puertos, se regenta la prostitución sagrada.

EMPORION

Al empuje del piélagos,
vino Coleo de Samos, nauta de la Héléade.
Surcando el légamo de las espumas
vinieron los focenses de Massalia.
En las bodegas del Ampurdán,
los pueblos de la mar imprimen huellas,
cincelando alfabeto y diademas;
viñedos para los racimos de Dioniso,
y vasijas para las despensas de Deméter.
Graban efigies en las ánforas
y en las estelas sepulcrales.
Cosechan espigas y aceitunas.
Apuntan tratos en láminas de plomo.
Celebrando ritos de arado y regadío,
escrutando la noche de *Kronos*,
así floreció Emporion
en el extremo oriental de la Península.

UNA SAZÓN DE RÁFAGAS

Envueltos en una nube oscura,
caen los griegos en Alaia.
Recalando las flotas en los muelles,
a Gibraltar arriban los púnicos,
y dominan las bodegas costeñas.
Por jalonar el laberinto metalífero,
espadas forjan estirpes mercenarias.
Roma castiga tal atrevimiento,
saqueando las arcas cartaginesas.
Como gravosa indemnización,
Cartago cede Sicilia y Cerdeña
y hubo que aplastar a los propios mercenarios.
Con jinetes y elefantes, en Cádiz,
desembarca Amílcar,
sacando ojos desde Murcia,
contra Indortes e Histolacio.
Rechazando a un tropel de vetones,
buscaba el signo de la fatalidad.
En las afueras de Elche,
murió ahogado en sus escaramuzas.

Asdrúbal somete a las tribus béticas
y hasta el Ebro disemina soldados.
Ciñe corona, aclamado por los íberos.
Nace Cartago Nova, de piedra sobre la colina,
entre yacimientos de plata.
Un sicario, a sueldo de los romanos,
lo degolló, en las letrinas de Iberia cartaginesa.

Bajo lluvias de piedras y flechas,
a atacar Sagunto vino Aníbal,
ocho meses sitiando el coliseo.
Con catapultas y arietes, las murallas derriba
y con elefantes pisotea a los sobrevivientes.
Cuatro mil jinetes arrojan fuego sobre la aldea,
con sus láminas seccionando cabezas.

De las plazas fuertes de Helmántica
talentos de plata y rehenes toma,
dominando los cinabrios de Sierra Morena.
En la ofensiva contra Iberia,
perecieron los Escipiones en fiebre de combate.
Avanza el cartaginés sobre la vega,
cruza el Ebro, pasa los Pirineos.
Sortea los Alpes, penetra en la llanura paduana.
Para acabar con el nombre romano,
desplegó patrullas, arrojando jabalinas,
a orillas del río Trebia.
A terrenos llanos atrajo a los hijos de la loba.
Tras asolar los campos falernos,
diseminó cadáveres en el Tesino y Cannas.

Cuando, en el *Heracleion*,
sacrificios ofrecía a Melqart,
un sueño de serpientes turbó sus sentidos.
Publio Cornelio, tercero de los Escipiones,
viste toga viril y entra en Ampurias.
Tarragona lo acoge, recomendado por el cielo.
Vengó las muertes de su padre y de su tío,
asestando el golpe a Cartagena.
Se apoderó de las olivas y del arsenal.
Al guerrero púnico forzó el regreso
a sus africanos parajes, y lo humilló en Zama.

NUMANCIA, HEROICO SOLAR

En confrontaciones con las huestes tribales,
bajo dardos y piedras,
Roma desplaza fronteras hasta las lindes cántabras.
Contra los pretores, que tributos y tropas exigían,
con escudos y dagas se armaron turdetanos
y pastores lusitanos.
Nobíltor, Lúculo y Metelo
rompen hostilidades y se encuentran con emboscadas.
Celtiberia contaba con plazas inexpugnables.
A los de Numancia, repartir tierras
les promete Galba, si las armas depusiesen.
Y a cuchillo pasa a los que, desarmados,
las prendas esperaban.
Escapa Viriato para echar a rodar peñascos
sobre las águilas del pretor,
a miles de romanos empujando al precipicio.
Contra ese atrevimiento, urde el Senado la venganza,
sobornando a tres canallas de su sangre,
que lo asesinan mientras duerme.

Aunque despojados de su baluarte,
rechazan los numantinos
a los legionarios de Quinto Pompeyo
y de Cayo Hostilio Mancino.
Diez años resistieron aquellos segadores de cabezas.
Escipión Emiliano levantó muro y trincheras.
Estrechó el cerco, incendió provisiones,
alzó torres en las riberas del Duero.
Con cadenas a su alrededor,
no se rinden los inexpugnables, hasta que, hambrientos,
se arrojan, lanza en puño, al foso.
Sin perecer de espada pusilánime,
cayó Numancia, ahogada en ascuas.

GUERRAS CIVILES ROMANAS

Ambición de botines ensaña a los caudillos.
Destituido por el tempestuoso Sila,
Quinto Sertorio, pretor de la Citerior,
armas levanta contra la capital del Tíber.
Con centuriones disfrazados de enfermos,
Cneo Pompeyo toma represalia en Cauca,
dándole muerte en un banquete.
Sin víveres y bajo el fuego de su azote,
los de Uxama, Clunia y Calagurris
sobreviven horriblemente, hasta la rendición.

César asume el gobierno de la Ulterior.
Las ciudades se abrían ante él.
Las legiones enfrentadas,
por la Ruta de la Plata, con jinetes y arqueros,
cruza el Duero en un salto,
y vence a la grey pompeyana en Munda.
Entra victorioso en Gades
y zarpa para Tarraco,
donde erige su altar de triunfo.
Toga purpúrea ciñe sus hombros,
corona de oro le adorna la cabeza.
No se guardó, con todo, de los idus de marzo,
ni del puñal conjurado de Bruto.

Augusto asume la viril toga,
y con miles de legionarios sojuzga a los cántabros.
Acapara los yacimientos y el trigo germinado,
y en devastadora ofensiva
somete a las huestes montaraces.
Enfermo, en la insana lid,
a punto de perecer estuvo.
Un rayo fulminó a un portador de su litera.
Al vencer las fiebres y el mal augurio,
erigió templos en Tarraco,
en honor propio y de Júpiter.

Investido del imperio proconsular,
salvajemente, a los vencidos trata Agripa.
Incendiados los castros norteños,
de calzadas, Hispania fue surcada.
Brotaron templos como por ensalmo.
Liturgias engalanan procesiones,
y sobre esmaltadas vías trashumantes,
discurren sartas de frutos.
Naves de Cádiz trasladaban delicias al Imperio.
El arbitrio provincial
a los conniventes inmunidad otorga,
y surgen, de asentamientos legionarios,
tallados entre alcantarillas,
urbes y teatros para honrar a las divinidades.

EL IMPERIO MORIBUNDO

De aprecio a danzarinas gaditanas,
junto al Tajo durmió Marcial su postrer sueño.
Nerón, perverso, degüella a vestales
y manda asfixiar a niños y mujeres.
Séneca, al exaltar la *via fortis*,
el bien supremo y la sobriedad buscaba.
El mal supremo lo empujó al suicidio.
Resignado al suplicio, se abrió las venas
y dijo: "*la muerte no es nada temible*".
¿Acaso vio abrasarse la urbe imperial,
por obra del sicópata furibundo?
Enseña el estoicismo la vía sacra a los catecúmenos.
Fuego y cenizas por diadema,
de Eulalia brotan semillas de luz y látigos,
con los que el Apóstol, desde las orillas del Ebro,
flagelaría al imperio.
Los senadores esparcen venenos
y el regicidio cura demencia de emperadores.
Septimio Severo saqueó fincas peninsulares
y asesinó a su rival Albino.
En las cloacas de Roma moribunda,
los Augustos de cuchilladas se cubrían.
Con Acisclo y Vitoria, arrojados al Guadalquivir,
otros mártires sembró Diocleciano
para que el Dios desconocido destronara a Júpiter.

UN MATADERO DE CRUCES LÁUREAS

El Mediterráneo salpicado de panfletos cristianos,
ya al emperador nadie jura.
Los concilios abominan de ídolos.
Constantino, sin atributo de dios familiar,
confía en los encantos de la cruz.
Osio el niceno credo dictamina.
Los torturadores de Mitra abren los vientres de los rebeldes.
Juliano restaura el fulgor mítico de los oráculos.
Graciano vuelve a destronar a los apóstatas.
Dámaso hace correr sangre
en batalla electoral de obispado.
Teodosio confisca iglesias de arrianos,
prohibiendo la lumbre a los penates.
Contra la impuesta *religio licita*,
Prisciliano denuncia la simonía.
Los obispos le achacan
el pecado de no cortarse el pelo
y de tardar en consumir las especies eucarísticas.
Llevado al suplicio,
el obispo de Ávila confiesa
haber rezado con mujeres desnudo,
y es con sus neófitos decapitado.
“De golpes de granizo brotan mártires”,
lo advirtió Prudencio en sus martirologios.
Los usurpadores se atropellan con ira vindicativa.
Tuvo Roma su día de Alarico.
En el botín, se contaban los tabernáculos
y la princesa Gala Placidia.
La Bética sucumbe a los pies de los vándalos.
Los suevos cruzan el valle del Duero,
y la ribera del Ebro los alanos.
Por mandato romano,
los visigodos marcharon sobre la Tarraconense,
para despedazar a *bagaudas* y a suevos.

Ataúlfo golpea el águila imperial,
raptando a la princesa romana

y desposándola en Narbona.
De las Galias a Hispania reta a los vándalos,
pero se topa con su matador en Barcino.
A los siete días de hacerse Sigerico con las riendas,
lo inmolan los secuaces de Wala,
quien provocando mortandad en los alanos,
de Roma recibe la Aquitania.
Le sucede Teodoreda
y se atora en Campos Cataláunicos,
destrozado, bajo el atropello de Atila.
Del matadero de aquellas cruces,
Teodorico, al igual que Turismundo,
se alzó con la morbosa potestad,
no más que para verter su sangre.
Eurico usurpa el trono y asalta las Galias.
Pero al someter a los burgundios,
se despoja del mundo en Arles.
Le sucede Alarico II
y contra los francos el combate trastorna su ventura.
Abatido de hachas y espadas,
desvanecía el reino tolosano.
No habría sobrevivido un visigodo en Vouillé,
si no hubiese intervenido el ostrogodo Teodorico.
El matón Ibbas lo ejecutó en Barcino.
Era tarde, con todo,
para que el bastardo Gesaleico se forjase un dominio.
Teodorico II percibió los granos del tributo,
hasta que su nieto Amalarico,
convertido en rey, recuperase el tesoro visigodo.

EL MORBO GÓTICO

Amalarico arroja estiércol
sobre su esposa, hija de Clodoveo,
empecinada en ser católica.
Un pañuelo teñido por su sangre,
a su hermano, monarca franco, Clotilde envía.
Childerico rescata a la insultada hermana,
y asesina a su cuñado,
bajo el sótano de una sacristía en Barcelona.
Cuando los francos ponen cerco a Zaragoza,
los penitentes pasean la túnica de San Vicente Mártir,
alrededor de los muros sitiados.
Sirve a Teudis ese acto de fe para acoto de agresores.
Mas sin compasión, un conjurado
clava en su pecho mortal cuchillo.
Por tomar mujeres a sus deudos,
Teudiselo a muchos mató.
Presumía de sus heridas,
y de haber a los francos vencido.
Al poco de coronar su cabeza,
en un banquete en Sevilla,
fue mandado al país de las tinieblas.
Profanando tumbas, Agila sube al trono.
Con los bizantinos de por medio,
los de Atanagildo lo apuñalan en Mérida.

Leovigildo exhibe las enseñas bizantinas.
Acallando el griterío, rectifica las arcas del tesoro.
Conjuga los dos mundos con el *Codex Revisus*.
Consolida plazas de Astorga a Burdeos,
pero un desafío aciago acechaba sus dominios.
Por rémora devocional,
Ingundis, mujer de Hermenegildo, en vano recibió patadas.
La sacudió por el cabello su abuela Gosuinda,
y al estanque de peces la arrojó desnuda.
Frente a tal perversa humillación,
su defección el príncipe reitera,
enfrentándose a la patria potestad.

Miro, el rey suevo, vino a sostenerle,
pero los bizantinos lo traicionaron.
El togado Leovigildo,
cerrado el puño y de acero el corazón,
subyuga al hijo renegado.
Pero no cejó el inquebrantable,
cuando el obispo, en el calabozo,
le ofreció la comunión de Arrio.
En Pascua, un verdugo corta su cabeza.

Juan de Biclario resiste a los dogmas arrianos.
Desde el cerro granítico de Toledo,
la heterodoxia se propaga.
Recaredo, persuadido por Leandro,
abjura del arrianismo.
Contra su conversión los fanáticos se ensañan.
El obispo Sunna trama el regicidio
y a Mauritania es desterrado.
Por armar un golpe con el obispo Uldida,
Segga, su secuaz, tuvo las manos amputadas.
Tuvo pena de muerte por castigo
Gosvinta, la reina madrastra.
En el III Concilio de Toledo,
una nube de incienso señalaba
que no había milagro arriano.
Rex orthodoxus, jefe, a la vez, de Estado e Iglesia,
exalta Recaredo el símbolo de Nicea:
declara anatema a Arrio,
proclamando cánones contra fornicadores e idólatras.
Ordena la ejecución de Sisberto,
matador de su infeliz hermano.
Diez mil sueldos paga
por la alianza con los francos de Childeberto,
que, sin embargo, atacan la Septimania.
Claudio, dux de Lusitania, les escarmienta en Carasona.
Recaredo lega el cetro a Liuva II,
que no reinó más que dieciocho meses.
Witerico le amputó la mano derecha y le dio muerte.
Pero el matón tragó viandas envenenadas,
sin castigar la afrenta de Teuderico de Borgoña,

que le había devuelto la mano de su hija.

En el místico reino de unitario rito,
se había forzado a las gentes a creer.
Isidoro, el de la fecunda gloria,
pidió la unción sagrada de los reyes.
Conminó a los despiadados usurpadores.
Creía que, con el letrado Sisebuto,
panegirista de San Desiderio,
se acabarían las taras homicidas.
Por bueno, al piadoso monarca, lo mataron los impíos.
Suintila, su general, asumió el mando
para despellejar de bizantinos la Bética.
El IV Concilio de Toledo ratifica el golpe de Sisenando
como escarmiento de exacciones.
Pero la maldición estigmatizaría a los próximos tiranos.
Chintila, elegido por sufragio,
a su hijo Tulga designa sucesor.
Contra la hereditaria dinastía,
el viejo Chindasvinto destrona al transgresor,
y pone en prisión al niño.
“Impío, obsceno, infame y repulsivo”,
le vituperó Eugenio de Toledo.
Contra el vicio de matarse unos a otros,
Recesvinto el *Liber Iudiciorum* consolida.
En altares del Ebro, sofoca la rebelión de Froia,
castigando al díscolo en la hoguera.
La muerte no tardó en arrebatarse la corona votiva.
Ungido Wamba, lo primero fue encadenar a Ilderico
y de insignias despojar al conde Paulo.
Pero pronto el conde Ervigio
le suministró narcótico brebaje y lo decalvó.
Era la tonsura la exclusión del solio.
Embriagados de furor y lujuria,
los gamberros diseminaban la iniquidad.
Intento baladí el de frenar la saña de los déspotas.
Siete años después Egica destronó a Ervigio.
Su hijo Witiza, al asumir el mando,
mató a palos a sus enemigos,
y al cruzar el umbral de la muerte,

su heredero Agila no era más que un niño.
Pronto se alzaron los partidarios de Rodrigo,
sacando los ojos de sus adversarios.

EL POSTRER GODO

Vaticinara el fuego de un cometa
que de la casa de Hércules
los candados serían descerrajados.
La profecía tapizada en el arcón
mostraba el desastre de unos guerreros,
y una espada clavada en derrotado pecho.

Viendo a Florinda salir del baño,
por su desnudez se obsesiona el rey Rodrigo.
Y no accediendo la niña a su deseo,
borracho, la fuerza el trastornado.
Era Florinda la prometida del hijo de Witiza.
Estaba Oppas, el obispo, al acecho:
la mala saña engendra el descalabro.
El conde Julián, padre de la joven,
firma con los sarracenos un pacto de sangre
ratificado por los hebreos,
con sus amos visigodos enojados.
Colosal vuelco de beduinos revienta,
desde Túnez, sediento del botín.
Por la mar de Berbería,
a bordo de las naves de Julián viene Tariq,
con siete mil jinetes y fuego en el alma.
Para eludir la defección quema las naves,
y asalta la fortaleza de Amaya.
Del duque de la Bética y su carro de marfil
no quedaron más que un caballo caído,
y en las marismas del Guadalete un borceguí de plata.

VINIERON LOS SARRACENOS

Como látigos en indefensos lomos,
avanzan Muza ben Nusayr y sus nómadas
con sables y flechas.

Marchando sobre campos jerezanos,
por las calzadas estallando adargas,
a los de Toledo pasan a cuchillo,
y de Al-Ándalus se adueñan.

Amasaron las áureas diademas
del botín de Jerusalén, que por tenerlas,
los bárbaros en Roma se habían inmolado.

Arrambló Tariq con joyas
y la mesa de Salomón, oro de rubíes incrustado,
esmeraldas y perlas,
que ordenó poner en su bagaje.

Furibundo, asestando reproches le azota Muza.
El Califa de Oriente quiso aquel talismán,
pero la mesa se extravió en el trayecto.

PUGNA DE REYES Y EMIRES

Desde Covadonga, en los cimeros peñascos,
a los astures levanta Pelayo.
En la cueva del monte Auseva
le quiso embaucar Oppas, el obispo:
«disfruta del consorcio de caldeos».
El asturiano atrincherado en firmeza,
los lanzadores hundidos bajo sus propias catapultas,
se despeñó el clérigo en la hondura.
En la gruta sobre el desfiladero, invictos,
los montañeses cubren de ceniza las cañadas.
En los barrancos, muertos Munuza y Alkama,
a los sarracenos les sepulta un mortífero alud,
cuando hacia Liébana escapan por los Picos de Europa.

Desde cántabras cimas a la ribera del Ebro
recluta huestes Alfonso,
el primero en vestir manto de armiño.
Manda labrar la iglesia del Milagro en la cueva
para conmemorar la escaramuza.
En temerario afán, entre el Duero y la cordillera,
tierras devasta para aislarse del flagelo agareno.

Desde Damasco a Bagdad,
borrando las lápidas de las tumbas,
el Abasí exterminaba al linaje omeya.
De la martirizada genealogía,
Abd al Rahmán, el sobreviviente,
de la ribera del Éufrates parte.
Cruza el desierto y en Al-Ándalus,
con la clientela de su clan,
ostenta el blanco estandarte omeya,
y vence a los pendones de Yusuf al-Fihrí,
descabezando yemeníes y beréberes.
El alminar levanta sobre el campanario de San Vicente.
A los pies del Guadalquivir, y en los arrabales,
molinos molturaban aceitunas.

Pero el emir añoraba su patria,
hallándose a sí mismo
cual palmera en el desierto.

Apenas mandó saquear Oviedo,
los cuervos volaron sobre Hisham I.
Cortadas las adelfas de tal prematura muerte,
Al-Hakam I decapita a su alevoso tío.
Hace frente a los alfaquíes,
que lo acusan de tabernas mozárabes frecuentar.
En festín de degüello convierte el banquete de la alcazaba,
donde cabezas arroja a las escarpas.
Incendió el Arrabal,
en Córdoba, crucificando a los amotinados.
De almizcle perfumó la cabeza
y cogió la adarga contra el país de los castillos.
Habiendo Bermudo reaccionado,
diez mil cristianos perdieron la vida.

Alfonso II, el ungido de San Julián de los Prados,
efigie goda clava en los montes asturianos.
Planta en Oviedo la Cruz de los Ángeles.
Contra Abd al-Karim dispara venablos.
Por la calzada romana amontona cráneos.
Interrumpe la infamante práctica de Mauregato,
quien regalaba doncellas al emir.
Tuvo Al Hakam tiempo aún
para saquear los tesoros ovetenses,
antes de que la hemiplejía le obligase a testificar.
Había reunido provincias con la espada,
como el sastre trozos de tela empalma.

El almuédano llama a la plegaria,
los cordobeses se rocían con ámbar y almizcle
y oran sobre alfombras de terciopelo.
Al embeleso del laúd,
danzarinas lucen formas lascivas.
Alquimistas estudian el Quadrivium en patios floridos.
A esa opulencia,
el sello oriental Abd-al Rahman II imprime,

exponiendo los guarismos de Huarizmí
delante de la Puerta de los Visires.
No le permitieron los díscolos respirar sólo estética:
firmó la sentencia del conde Rabí,
jefe de la mercenaria guardia;
mandó destruir el mercado de los vinos,
del que los alfaquíes abominaban;
castigó al insolente Ibn al Yilliq
y a los muladíes, reacios a la recaudación;
lanzó caballos como espadas
contra fortificaciones coronadas de cruz.
Toledo sufrió flagelo.
Bajo látigo quedaron los Banu Tuyib,
y por saquear Sevilla fueron degollados los vikingos.

En Munyat al-Mugira, florecían albercas.
Huella de deleite en el harén,
Ziryab tañía el laúd,
para que el emir halagase los sentidos.
Envenenado por los partidarios de Abd Allah,
en expirar no tarda Abd al-Rahmán II.

Nada más fijar las órdenes de Alá,
Muhammad topa con beatas mozárabes,
que a Mahoma blasfemaban.
A sabiendas de que los fanáticos adolecen de delirio,
para diezmar tal lacra de suicidas,
ordena celebrar concilio.
Hizo derribar iglesias de los exaltados,
que en pleno zoco, desafiaban a los almotacenes.
Como escarmiento, condena a Eulogio,
líder de los rebeldes,
a sucumbir bajo el alfanje.

En los valles del Duero y del Ebro
enarbolan estandartes los mozárabes.
Prodigios de Jerusalén ungen San Salvador.
Aporreando a los ismaelitas ve Ramiro I a Santiago
en las laderas de Clavijo.
En Logroño, espada en ristre,

divisa a San Millán descabezándolos.
Tras repoblar las tierras yermadas por Alfonso I,
Ordoño I, con asturnavarros, vence a Muza Ibn Muza.

Con el ímpetu de tales embestidas,
contra los beréberes arremete Alfonso III, el Magno.
Empuja la frontera hasta el Duero,
y dando asilo al rebelde Ibn Marwan, domina Badajoz.
Tras la liza del pinar de Socastro,
celebra la muerte de trece mil sarracenos.
En León, levantó la cruz
sobre la sangre de gargantas cortadas.
Desde Coimbra hacia Toledo, avanza
para vencer a Muhamad ben Lope.
Más allá del Duero, planta latifundios pastoriles,
y en Zamora las almenas orna con cabezas.
Asediado por su conspirador hijo García,
sacrificó sus feudos en aras de concordia.

La presurosa lid revive
con la evocación de Beato de Liébana
y el hallazgo de la tumba del Apóstol.
Bajo la insignia de la Santa Cruz,
en el monte de la jura,
Ordoño II y Fernán González prometen
no comer pan a manteles y no holgar con mujer,
hasta que la morisma desapareciera.

Contra el bando agareno,
chisporroteaba el fuego de Ibn Hafsún.
Fue Al-Mundhir asesinado,
sin asestar golpe fatal al muladí.
Abd Allah se quita el anillo de la mano
y lo entrega a su nieto,
sin ver morir al renegado de Bobastro.

EL PRIMER CALIFA

Más que emborracharse y morder a sus favoritas,
sabe el corpulento Abd al-Rahman III
aterrorizar a sus adversarios.
Del matorral de Calatrava aniquila el motín berberisco.
Con catapultas quebranta alcazabas.
No duerme hasta extirpar la fortaleza de Hafsun.
Después de aceifas y contraaceifas,
la caída del converso festeja con danzarinas,
y expone sus restos clavados en maderos.
Traba combate con Ordoño II
en San Esteban de Gormaz.
Entre los juncos de Valdejunquera,
colman sus huestes de lanzazos a los cristianos.
De los que habían saqueado Nájera,
se llevó cabezas como trofeos.
Sancho Garcés defender a los de Pamplona en vano intentó.

En nombre de la espada del Islam,
leyendas de oro ostentan el supremo título
de Al Nâsir li-Dîn Allah.
Pero tras doblegar a los herederos de Ibn Marwan,
el cobijado en gloria con Ramiro II en Osma tropieza,
y vuelve al Duero, inflado de rencor,
para cercar Burgos e incendiar San Pedro de Cardeña.

En las estribaciones de Sierra Morena,
brillaban las columnas de Madinat al Zahara.
En lupanares, los castrados de cabezas rapadas
perseguían a mancebos incautos.
Oía a azahar el serrallo.
En sobrecogedoras umbrías,
al ritmo de tambores y laúdes,
danzarinas lucían transparente muselina.
Desde la terraza de mármol,
después de escuchar las plegarias de la mezquita,
el califa contempla las estrellas.
De alfombras hizo el camino
donde, a manera de bienvenida,

a los embajadores les enseñaba el divino Libro
(y - si no lo aceptaran - la espada
que, por Alá, les sellaría el destino).

Los arqueros, aljabas al hombro, guardan los tesoros.
Los poetas, en romance, glosan prodigios.
El Doctor Saprut, el talmudista,
tradujo a Dioscórides en papel chino.
Pero Muhammad Ibn Massara, discípulo de Empédocles,
de ateo fue sospechoso,
al interpretar el Libro con sus hermanos.

Abd al-Rahman ocupa Ceuta y Tánger,
las puertas de las caravanas de oro.
Desde las atarazanas de Algeciras,
flameó la enseña blanca,
ante la que temblaban los corsarios fatimíes.
Pero en Simancas, funesto augurio, el eclipse del sol
un bosque anunciaba de cristianas lanzas.
Los sarracenos, repelidos hacia Atienza,
cayeron, con sus monturas,
en los barrancos de Alhándega.
A uña de caballo escapa el califa,
dejando en el campamento su ejemplar del Corán
y el justillo de mallas de oro.
Tras la precipitada fuga,
mandó asaetar a los oficiales cobardes.
Acto seguido, a Sancho restaura,
a cambio de diez fortalezas.
La bellaca Toda Aznárez no cumple el pacto,
y sus aliados sufren menoscabo.
Cinco décadas, Al Nasir dispuso de princesas peregrinas.
Se deleitó con cantantes de cintura fluida.
Avasalló viviendas y fortalezas.
Conquistaría Bagdad,
si por placeres no se hubiera inclinado.
Cuando le sobrevino la batalla final,
desengañado, confesó:
*“¡En mis cincuenta años de reinado
sólo 14 días felices conocí!”*

EL CONDE AVENTURADO

Con labriegos de las vegas del Arlanza
y pastores de los páramos sorianos,
rompe Fernán González lazos feudales con Ramiro II.
Con arado y espada, el Condado asienta.
Por la merced de Dios, arma trincheras en alcaldías.
Colinas de murallas coronadas,
asoman encumbradas torres junto al Arlanzón.
Burgos emerge en valles de meandros divagantes.
Desde Castilla, cuna de los éxodos mozárabes,
sobre oteros de piedra labrada,
el Conde aventurado dilata sus tierras,
y echa mano a la espada contra el gordo Sancho.
Los dos se llaman “hi de puta” y se atacan.
Fernán le promete un venablo acerado,
cuando el obeso Sancho adelgaza en Córdoba
y amenaza con cortarle la cabeza.
La prisión en San Andrés de Cirueña
no desalentó al forjador de tropelías.
Puesto en libertad por García Sánchez,
con bendiciones de San Pedro de Arlanza,
siguió luchando, sin descanso, hasta acabar sus días.

EL CALIFA BIBLIÓFILO

Empeñado en reunir manuscritos de Alejandría,
Al Hakam II descifra las ciencias cósmicas:
tratados de piadosos filósofos,
textos alquímicos, cartografía náutica
y crónicas de leyendas,
que en volúmenes surtidos de teoremas,
los calígrafos reproducen.
Por mil dinares el Kitab al-agai, de Abu-I-Faray,
trajo desde Ispahán en nave pródiga.
El Libro de los Cantares
era su más apacible amigo.
La lectura, bálsamo contra imbéciles,
le llenaba el alma de quietud.
Experto en genealogías,
no ocultaba el gusto por las rubias.
Quedó cegado de amor por Subh, la favorita vasca,
regalo ofrecido por Ordoño.

En vano gobernar quiso con el cálamo,
no con la espada.
Los obispos del norte se vestían de coraza.
Ordoño IV, expulsado del poder por sus primos,
a él se encomienda.
El Comendador de los Creyentes declara guerra a Sancho.
Después, falto de las prometidas fortalezas,
se apodera de San Esteban de Gormaz.
Avanza sobre la línea del Duero.
A sus pies, se desploman los condes catalanes
y las plazas de Calahorra y Atienza.
Tras tantas ásperas proezas,
enfermando, Al Hakam II
a su hijo Hisham entrega el mando
y los cánones del saber.
No pudo hacer de lanzas azadones.
Le quedaron los jardines de ultratumba.

EL VUELO DEL AZOR

Ibn Abi Amir hace del joven califa un títere.
Cual pájaro precioso en jaula dorada,
lo protege con cuernos de chivo,
y administra las rentas.
Se hace cadí de Sevilla.
Al someter a los idrisíes de Mauritania,
controla las posesiones del Magreb.
Se gana con regalos la voluntad de la sultana Subh.
Tras ejecutar a Al-Mughira, califa de los eunucos,
apresa al visir Al-Mushafi
y con el nombre de Almanzor se engalana.
Los soldados ansiaban morir a su servicio.
A la crucifixión condenó a Yawar, oficial de palacio.
Estando amancebado con la favorita,
desposa a la hija del general Galib.
Pronto acosa al poderoso suegro,
hasta forzarle a morder el polvo en Atienza.
Determina la reclusión de la madre del califa,
que urdió la trama para derrocarlo.
En mil aprietos, los monarcas cristianos
dormían con los caballos dentro de las cámaras.
En castigo por el ataque a León,
de Ramiro III a una hija toma para su harén.
En vano gritó la princesa, en desesperación:
*“¡que pongan confianza en las lanzas y sables,
no en el coño de las mujeres!”*
Competidor no tuvo el que arrasó Barcelona,
dejando atrás una estela de incendios.
El amirí campaba por sus fueros:
decapitó a Abdalá, el príncipe desertor,
que se había refugiado junto a don Garci Fenández,
el que enguantaba los dedos al hablar con hembras.
Ante el rumor de sus latrocinios,
se afeaban con heridas las doncellas,
Pastos del Duero en polvorientos campos convirtió.
Devastó los pueblos en las rías
y sobre el Pórtico de la Gloria, en Santiago,
a caballo se abalanzó.

Quemó reliquias,
robó el campanario para lámpara de la mezquita,
y las puertas del templo para su artesanado.
Tras saquear Pamplona,
hasta Sobrarbe y Ribagorza extiende la rapiña.
A la postre de tanto estrago,
en Medinaceli sucumbe a la dolencia.
Como exorcismo para el torbellino,
¿qué se ha hecho de tu adarga?,
preguntaron los juglares.

UN ERIAL DE TAIFAS

Conjunción de Júpiter con Saturno en Virgo.
Hallándose disentidos los clanes,
el Califato derrocha militares encomiendas.
Dilapidados los tesoros califales,
sumergiose Córdoba en una orgía de sangre.
Mientras Hisham ejecutaba devociones,
moría envenenado Abd Al-Malik, su hermano,
hijo de Almanzor, que atesoraba toda regalía.
El sucesor, el borracho Sanchuelo,
vástago de la hija de Sancho Garcia y Al-Hakam II,
tras anunciar su nombre en los alminares,
se refugia con sus mujeres en la almunia.
No eludió el ataque de Al-Madhi, cadí del Califato,
quien, con su caballo, lo pisotea y lo clava en una cruz.
Wadih, el general eslavón, decapita al asesino,
restableciendo a Hisham.
Los bereberes matan a Wadih
e imponen a Suleyman como Príncipe de los Creyentes.
Mientras Madinat Al Zahara en llamas ardía,
Hisham, vestido de mujer, era estrangulado en su celda.
A Suleyman, frente al alcázar, ejecuta Ali Hammud,
al que a su vez asesinan los domésticos saqaliba.
Bandos violentos a sus califas proclamaban.
Borrachos bereberes saquearon alquerías,
y vendieron la biblioteca de Al Hakan II.
Desde las cumbres, por la ruta peregrina,
los cluniacenses insuflaban la Cruzada.

ÁGUILA Y CASTILLO

Sancho III de Navarra, el Mayor,
engalana monasterios.
Como banderas de guerra,
labran torres los canónigos.
Leyre reluce en las entrañas de la tierra.
San Juan de la Peña enarbola su panteón.
San Millán relumbra su hermosura de flores y ruedas.
El obispo de Toledo cambia la visigótica liturgia
por benedictinos oficios corales.
Se engendran las polimetrías de Cluny.
Juglares alaban las glorias de los emblemas.
Santa María la Real, en Nájera,
los nervios estrellados en las bóvedas,
se hizo luz de los caballeros.
La piedad como argumento,
por San Isidoro y para hallar vida eterna,
toman armas los monjes.
A Compostela, cuartel de la cruzada,
ostentando del apóstol los huesos,
peregrina, por las cañadas,
la milicia de los hieráticos claustros.

BODA DE DOBLE ORFANDAD

Dio Bermudo III a Sancha, su hermana,
al heredero de Castilla, don García Sánchez.

Hacia las nupcias de mayo,
se desplaza a León el infante.

Dialoga con la doncella engalanada,
cuando es apuñalado por don Vela.

Tomaba el homicida venganza de afrenta
que el padre de la víctima le infligiera.

La mano aquella que lo mataba era la misma
que, en fuente bautismal, lo había sostenido.

Doña Sancha se arrojó sobre el cadáver.

Sancho III quema vivos a los Vela.

Desbarata las tierras entre el Cea y el Pisuerga.

De desquitar la afrenta trató Bermudo III,
y la vida perdió entre las lanzas de Fernando,
el heredero de Sancho.

La desventurada infanta desposa
al asesino de su hermano.

Con la mortal pugna y ese enlace,
dilató sus dominios Fernando,
el primer rey castellano de tal nombre.

IBN HAZM

Contemplando los luceros encendidos,
Ibn Hazm, en la Granada de los ziríes,
dialogaba con Ibn Negrela, el visir judío.
En Córdoba, amó a una esclava de pelo rubio
y no volvió a gustarle una morena.
Se hizo paladín de la unidad Omeya,
contra el odio de los alfaquíes.
Hubo que emigrar a Almería,
cuando Suleymán saqueó la capital del Califato,
y los bereberes arruinaron su finca en Balat Mugit.
En Sevilla quemaron *El Collar de la Paloma*.
"Lo que llevo en mi pecho no podréis quemar",
dijo ante los pórticos blancos.
En pasto de murmuraciones convertido,
en cárceles andaluzas apresado,
nunca encontró sosiego,
siempre por sicarios perseguido.
"Soy puro pedernal, cuidado de las lluvias
ya no tiene la planta que en mí se arraiga",
escribió, a sabiendas de que el amor
es una dolencia rebelde.

SALOMÓN BEN GABIROL

Salomón Ben Gabirol bebe en Plotino altos caminos.
Alaba a Dios, bálsamo de heridas.
Desdeña el alma atada a la carne.
Se cebaron los alfaquíes
en la saña de separar el grano de la paja.
El visir Samuel lo acoge en Granada.
Oscuros eran los días de eternos alambres.
Sogas tenebrosas el corazón le oprimían.
No pudo ya en su casa comer el pan de centeno.
Añoraba, de las esferas celestiales,
el adorable tiempo sin espacio,
la absoluta nada que se ha hecho todo.

AL SERVICIO DE LA CRUZ

En los años aquellos de convulsión,
los déspotas el crimen sembraban.
Los moros astillando el Califato;
los cristianos a muerte por linderas potestades.
Desde León, ungido a duras penas,
Fernando I de Castilla por doquier alborota.
Aldeas dando en pasto a las llamas,
con incendiar Al-Ándalus amenaza.
Tras seis meses de asedio, conquista Coimbra.
A su hermano García, da muerte en Atapuerca.
A Sancho Garcés IV humilla en Zaragoza,
Del sevillano Almotádid, rescata los restos de San Isidoro.
Puso en sitio a la taifa de Valencia
y agrandó sus arcas con tributos sarracenos.
Hartóse de tomar fortalezas
hasta enfermar, y a León regresar
por someterse a la liturgia penitencial.

EL ESCUDO DEL DRAGÓN

En los llanos de Golpejara,
Rodrigo el alferez desecha a catorce leoneses,
en la lid de Alfonso de León y Sancho de Castilla.
Aquellos lobos habían desposeído a su hermano García,
de por vida condenado al calabozo.
Se acoge Alfonso al amparo del moro toledano,
y de la rebelde Urraca, en Zamora.
Cercada la fortaleza sobre el Duero,
falto de espuelas, el Cid no alcanza a Bellido Dolfos,
quien a traición alancea a Sancho.
Osa advertir a Alfonso en Santa Gadea:
“*con aguijadas villanos te maten si la verdad no dijeres*”,
sin con su beso apagar del monarca los enojos.

Entre quebradas corazas y adargas,
espada en ristre, se abrió camino,
cuando con sesenta pendones
iba a cobrar parias en Sevilla
y con hueste mora lo atacó García Ordóñez.
Arrancó un mechón de la barba de su adversario,
atreimiento que el rey engreído
considera el más desafiante agravio.

Cuando asoló aldeas toledanas,
los Beni Gómez le acusaron de quebrantar una alianza.
Alfonso lo destierra,
sin la lumbre mirar de su palabra.
Rodrigo entre los sotos marcha,
tras sí dejando a su familia en Cardeña.
Soldado de fortuna, al conde Berenguer
ofrece sus servicios de escudo y de lanza,
y vuelve de vacío y sin blanca.
Pero recibe rentas en la ciudad del Ebro.
Asediado el castillo de Almenar, viste turbante
contra los escuadrones de Sancho Ramírez y Alhajib,
y toma prisionero al conde de Barcelona.

Telas de seda, bandejas de plata

y cien caballos ensillados regala al soberano,
quien su pedido de reconciliación recusa.
No presintió Alfonso que los almorávides
vendrían a socorrer al reyezuelo de Sevilla.
No esperaba ser humillado en Sagrajas por Yúsuf.
En aras de escarmentar los pendones negros,
prometió al Cid los castillos
que con su espada les arrebatase.
Concierta la cita en Villena,
pero no aguarda al Campeador.
De sus bienes vuelve a despojarle,
hasta en prisión echar a Jimena.
El Cid cubrió de cenizas el Levante.
Malherido, ensangrentado peleó,
hasta prender al barcelonés Berenguer.
En Robledo de Corpes,
increpó a los infantes traicioneros,
que ultrajaron a sus prístinas hijas.

A demandarle ayuda vuelve Alfonso,
cuando Yúsuf destrona a los régulos andaluces.
Pero otra vez se le malquista.
El Campeador recupera Valencia
y da muerte al regicida Ben Yehhaf.
Asaltado en Bairén por los almorávides,
les puso en fuga, cubiertos de sangre.

El precio de tan gloriosas hazañas
pagó con trance de dolor:
cuando en Consuegra cayó su hijo único,
de sus banderas se despidió en Murviedro.

INTRIGAS DINÁSTICAS

Desprovistas de su gran soldado,
eran pasto de rapiña las milicias de la cruz.
Valencia, defendida por Jimena,
echa de menos al que ganó pan a expensas de moros.
Desde el Levante a Andalucía,
los alfaquís arruinaban comarcas.
Muertos Alfonso VI, su heredero y su yerno borgoñón,
la nobleza a Urraca obliga a tomar marido.
Escogido Alfonso, *el Batallador*,
el matrimonio cierra el paso a Alfonso Raimúndez.
Los gallegos propugnan la entronización del niño.
El rey aragonés se lleva mal con doña Urraca:
la abofetea y la encierra en El Castelar,
cuando la valerosa sitia a sus tropas.
Sus partidarios la liberan, deslizándola por un cesto.
En la postrera reconciliación de la pareja,
se amotinan los compostelanos,
y a la reina desnudan delante del fuego.
Gelmírez el arzobispo, que había al príncipe coronado,
cual gato, escapó por los tejados.

Teresa de Portugal insistía en escindir el reino,
apoderándose de Tuy y Orense.
Urraca, en pos de la bastarda, cruza el Miño,
vuelve a Compostela y prende al arzobispo.
Tanto se agotó en sus correrías
que, entre honores reclamados, se extinguió su vida.

Mientras sucedían esos descalabros,
el de Aragón fundó órdenes de milicia.
Arrancó Zaragoza a los mahometanos,
hazaña que abrió las puertas de Tudela.
Al pasar las gargantas de Sierra Nevada,
de mozárabes cautivos rompió cadenas.
Sembrando horror entre los mucines,
plantó cruces en las aljamas.

Al ceñir espada de caballero,

Alfonso VII acomete a su tía Teresa,
que las uñas en sus dominios había sacado.
Los dos Alfonso, sobrino y tío en desavenencia,
para recuperar su reino,
el castellano a su adversario dio La Rioja, Álava y Vizcaya.

Sufre fatal derrota el aragonés,
en los juncos de Fraga, contra los almorávides.
Los de sotana heredan sus comarcas.
Los magnates anulan el testamento
y buscan, entre algaradas, nuevo monarca
para los huérfanos reinos de Aragón y Pamplona.

Henchido de arrebatos imperiales,
Alfonso VII de Castilla reparte acero,
hasta que lo coronan los clérigos en León.
El águila por emblema, clava garras por doquier:
la tenencia de Zaragoza y Pamplona logra.
Desbarata Toledo y Córdoba.
Funda treinta y dos monasterios de milicia,
y, para repartirse Navarra,
con Ramón Berenguer IV celebra un pacto de rapiña.
No disfrutó de la cumbre de *Rex Totius*:
se desgajó el reducto portugués,
con Alfonso Enríquez ensalzado en Ourique.
Calatrava fue a los templarios arrancada por los moros,
que algaradas hacían a granel.
Tanto se agota Alfonso VII en Guadix,
que expira, bajo una encina, en el paso de la Fresnada.

EL DESTIERRO DE LOS SABIOS DE LAS ALJAMAS

Moseh ibn Ezra sueña con los cedros de su heredad.
A Granada invita a su amigo Judá Ha-Levi.
Cuando a los almorávides se rinde el reino ajardinado,
ve las losas cubriendo los cuerpos.
Ave presa de temor,
abandona la moruna estancia.
Era “el racimo escogido del resplandor de la luna”,
como lo llamó Ha-Levi, llorando su muerte.
También él huyó de los hijos de Ismael.
Su tienda había sido altar para cristianos.
En su destierro de Alejandría,
añoró las hermosuras de Sefarad.

Averroes deslinda sendas del Estagirita.
Hace jurisprudencia de raíces.
Calcula tablas astronómicas.
Cura, sobre todo, las enfermedades de la ignorancia.
Los almohades, más intolerantes que sus predecesores,
ponen Al-Ándalus bajo terror.
No hubiesen al fuego arrojado sus escritos,
no repugnaría la infamia del tirano Yaqub al-Mansur,
que lo obligó a exiliarse en Lucena.
Maimónides lo acoge en Almería.
A los naranjos del Guadalquivir
no pudo regresar sino en féretro.
También el doctor de la judería,
se despide de los olivos,
su conversión protagonizando.
Esquivo como el ave agreste,
guarida busca en la corte de Saladino.

Rumbo a Oriente, Ibn al-Arabi, el murciano, partió.
Le complacía escuchar a los beduinos iluminados,
lejos de burdos déspotas belicosos.
Su corazón sufí era templo de todas las religiones,
interpretaba todos los amores,
y comprendía cualquier arcano.
Pero el tiempo era de peregrinaciones armadas.

LA CRUZADA DE LAS NAVAS

Cesado el belicismo de sus tutores,
de Pamplona a Cuenca,
Alfonso VIII se alza en volandas.
Un quinto de las futuras conquistas
promete a los templarios, por los esfuerzos de guerra,
contra los almohades que Algeciras asediaban.
Los clérigos repartían armas en los altares.
En Sierra Morena,
Yaqub lanza una lluvia de flechas sobre los cristianos.
Un charco de sangre fue la consternación de Alarcos.
A uña de caballo escapa Alfonso.
Jiménez de Rada fue en persona
a demandar cruzada al Papa.
Inocencio III exhorta a los hijodalgos
a sacarles las tripas a los mahometanos.
Por tierras que forzadas tenían los moros,
acudían los caballeros de la cruz.
Un ímpetu sobrenatural
inspiraba el deber de la violencia.
Desde Toledo marcha el séquito de Pedro II de Aragón,
Sancho de Navarra y Diego López de Haro.
Alfonso penetra por el valle del Júcar,
recuperando Calatrava y Alarcos.
Los almohades a Baeza arriban.
Arman la tienda roja de Miramamolín
en la Mesa del Rey, no lejos de Despeñaperros.
De las abruptas alturas,
las Navas de Tolosa se divisan.
Un pastor guía a los cristianos por la senda escarpada.
Al asalto, cuesta abajo,
se lanza un caudal de abanderados.
“¡Hora de vencer o morir!”
gritó Alfonso para alcanzar el hito.
“¡Hora de vencer!”, clamó el arzobispo Rodrigo,
en clave de asombro.
La cruz, enarbolada por los frailes,
relumbraba en la avanzada del combate.
De rojo teñida su espada,

sobre las breñas saltó Sancho de Navarra,
y quebrantó las cadenas del campamento enemigo.
Trotaron sin dueño los caballos moros.

PREDICACIÓN Y FANATISMO

En púlpitos de celestial capitanía,
contra los cátaros, Domingo de Guzmán predicaba.
Abominando del maniqueísmo,
Inocencio III manda azotar al conde de Tolosa,
protector de las ovejas negras.
Para aplicar hierro caliente a los cátaros,
las puertas del cielo ofrece a sus mercenarios.
Un jinete asesina al legado papal en Béziers.
El ejército de Arnaud Amaury, prior del Císter,
con hachas y alabardas, avanza contra la multitud.
¿Cómo distinguir de los católicos a los cátaros?
“Matadlos a todos, que Dios reconocerá los suyos”.
Los cruzados incendian la ciudad,
y marchan a tomar Carcasona.
Simón de Montfort da muerte al vizconde Roger,
en las mazmorras de su amurallada fortaleza.
Por hambre y sed doblega a los asediados.
Con tales ignominias indignado,
Pedro II de Aragón exigió de Montfort
la devolución de las tierras usurpadas.
Con su caballería engalanada,
espada enarboló frente al castillo de Muret.
Al choque de las lanzas,
cayó mártir, a orillas del Garona.

EL SANTO ARREBATADO

Después de que Enrique I, rey infante aún,
fuese víctima de una teja asesina,
doña Berenguela cosió los hilos
para hacer a su hijo heredero de Castilla.
Pese a la intriga de Alfonso IX,
Fernando somete a los Lara.
Por su padre del trono desheredado,
llega a León en un salto,
y a sus hermanas compra la sucesión.
De los musulmanes gargantas siega,
talando huertas y torres.
Jerez, Trujillo, Úbeda...
Caían plazas en sus manos como gracia.
Con pena de fuego castigaba
a toda atalaya que se durmiera.
El clero le aportaba ingresos
para el asalto al Arrabal de Córdoba.
En Asunción de la Virgen se convirtió la mezquita.
Los hombros vencidos de los mahometanos
devolvieron las campanas de Santiago.
Con la efigie de la Virgen de los Reyes en el pecho,
cabalga con las Órdenes Militares.
Recibe de Muhammad el tributo
en la rendición de la plaza amurallada de Jaén.
Cruzó abruptos laberintos,
desparramando penurias en comarcas y heredades.
Tenía virtudes sobrenaturales.
De Extremadura a Murcia
se extendía la cadena tributaria.
Cinco meses cercó Sevilla.
La flota cántabra la vulneró.
Por el Guadalquivir el asalto hunde la Torre del Alcázar,
rompiendo las cadenas del puente de barcos.
Los ahorcados colgaban de los árboles
como trofeos de protagonismo.
En conspirar la fatalidad no tardó.
A los benimerines iba a atacar,

cuando su salud se malogra.
Preseas no pudo arrancar a los marroquíes.
Espada en mano,
al cielo fue llamado el alférez de Santiago.

EL REY ENCICLOPEDISTA

Al escenario donde los nobles matan por latifundios,
el rey mecenas asoma.
Funda cátedras para maestros de Oriente.
Girardo Riquier de Narbona
le pide *per lo nom dels juglars*
y en la corte juglares toman dones.
En Toledo, laboratorio lingüístico,
laúdes animan las albadas.
El gallego de lírica efusión
modula el tono de sus cantares.
El que conoce las virtudes de los astros
no descuida fortalecer el realengo.
Para turbar a los mudéjares planta episcopados.
No logra cerrar la puerta de Algeciras.
¿Qué importa un revés,
cuando se ha escrito *La Summa Pragmatica*?
Más que arrasar mezquitas,
le correspondía desvelar arcanos.
Las Partidas moderación mandaban.
Con un solo maravedí multaban
al que echase puerco o moro en la calle.
Vino o manjares de enemigos
prohibían a los cristianos gustar.

No cesaban los agravios al guardador del saber.
Las desavenencias con Jaime I, su suegro;
la querella con Lope de Haro;
la rebelión del infante Enrique;
la trama del bellaco Muhammad II y los benimerines,
contra los que avanzó en Cádiz y Murcia.
Después de tales ajetreos,

a las Cortes pide subsidio para el pleito del Santo Imperio.
Los marselleses como emperador lo reconocieron.
Los gibelinos de Pisa le ofrecieron la diadema.
Su progenie, de la Casa de Suabia,
era rival de Gregorio X, que el *placet* le negara.

La muerte en campaña de Fernando de la Cerda
enturbia el horizonte de la sucesión.
Apuntaban *Las Partidas* hacia su nieto,
por quien doña Violante toma partido
y, enojada, hacia Aragón se marcha.
Alfonso X manda ejecutar al infante Fadrique,
quien a la reina ayudara en la fuga.
En el pleito intervino el rey de Francia.
Ante la intriga de ambos bandos,
Alfonso aboga por partir el reino.
Sancho recusa a Alfonso de la Cerda como rey de Jaén,
y hostiga a su padre.
En altercado de mutuas amenazas,
el rey maldijo al infante de los demonios,
que lo insultaba y le declaraba guerra.
Tal fue el atropello entre los nobles,
que hasta la reina mudó de bando,
y se puso al lado del rebelde.
Sancho y Granada, de un lado;
del otro Alfonso X y el benimerín marroquí,
enconados, a golpes peleaban.
Al nieto de la Cerda legó el reino don Alfonso,
exiliado ya en Sevilla.
Desheredó a Sancho,
al que las Cortes de Valladolid llamaron rey,
de su disposición haciendo tabla rasa.
Así, de ingrato menosprecio,
aquejado de achaques, entre ungüentos y sangrías,
pronto sonó el cántaro quebrado.
Tenía sesenta y dos años, en Sevilla,
el rey de las tres castas.

JUGLAR A LO DIVINO

De alta gracia dotado,
Gonzalo de Berceo, el candoroso,
en cuaderna vía milagros narra.
Huellas dejando en el desierto,
alaba del trasmundo a los patronos.
De San Millán contó prodigios.
Del taumaturgo Domingo de Silos,
cantó la insigne vida.
Cumplido de toda dignidad,
sermones de deleite esparció,
a merced clamando al Rey de gloria.
Arrodillado, en la puerta de la esperanza,
suplicaba a la Madre del pan de los humildes.
Al revés de los prelados belicosos,
jamás aventuras acometió.
No se aficionaba a la intemperancia.
Se miraba en el espejo de la ascética.
Siervo del altar, imaginaba el árbol de la eternidad.
Avezado en el piadoso mester,
por un vaso de vino tejía loa a los prados de la Rioja.
Para que Dios fuese alabado,
disfrutó del sosiego monástico:
que de las flores no le podrían negar el aroma.

REY SANCHO IV, EL MALDITO

Con la muerte en cárcel del abad de Valladolid,
su antagonista,
pudo Sancho IV dedicarse a cacerías.
El conde Lope de Haro se brinda la privanza,
abusando de sus prebendas.
Despide a servidores de la reina.
Enemista a los esposos
para casar a su sobrina con el rey.
Insulta al arzobispo de Astorga,
y se opone al pacto con Francia,
tomando fortalezas y rehenes.
Por los prebostes presionado,
Sancho de sus castillos lo despoja,
y el conde lo amenaza con un puñal.
Un ballestero corta una mano al atrevido.
Otro le rompe de un mazazo la cabeza.
En aquella catástrofe, el infante Juan de por medio,
iba Sancho a matarlo, pero relajó la espada:
la reina acudiera, dando voces.
Hubo que reprimir Vizcaya,
en convulsión por la muerte de su señor.
Enfrentar a los de Haro,
aliados de Alfonso de la Cerda,
que hacían estragos por doquier.
Hubo que tragar la incordia del pontífice,
a causa del matrimonio con su prima.
Siguió agotándose entre disparates.
A Guzmán el Bueno alabó, por la defensa de Tarifa,
contra los benimerines y el perdido infante Juan.
Preparaba el golpe contra Algeciras.
La tuberculosis lo agotó, inexorable.
“Es la muerte que me dan mis pecados”,
dijo, en el trance, a su primo Juan Manuel
y abrazó la maldición que le echó su padre.

EL DOCTOR ILUMINADO

Cuando hacía profesión de bohemio,
Raimundo Lulio, el senescal,
vio al Cristo crucificado
y se iluminó por manera de amor.
Desde entonces, cátedras pide, de árabe,
al Papa y a la Sorbona,
para desafiar a los averroístas.
De don Jaime un monasterio recibe.
Nombra a un curador para su familia.
Un solo interés puso en la vida:
contemplar los asuntos del cielo.
Hábito no tomó de encumbradas órdenes.
No anduvo en torneos ni cazó jabalíes.
Labriego de luz, trashumante del Mediterráneo,
profesó lecturas
de Mallorca hacia Berbería.
Tanto discutió con los ulemas
que en la cárcel de Bugía
meditó sobre las dignidades divinas
y lamentó que tardara el día del martirio.

EL EMPLAZADO

María de Molina compra lealtades.
Con tierras de frontera recompensa a don Dionís.
Con trecientos mil maravedíes
sella con los Haro la alianza.
Da sus alhajas al papa,
por la bula que alza a su hijo al trono.
Entra sola en Sevogia y persuade a los rebeldes.
Alfonso de la Cerda retira su candidatura.
Juan, el más inveterado, rinde pleitesía a Fernando,
mas de su madre lo incita a desconfiar.
Cuando la reina desarmó al último adversario,
Fernando IV le pidió cuentas del dinero
para su coronación empleado.
Su madre había invertido el suyo propio en la empresa.
No tardó don Fernando en decidir matar a su tío,
pero glotón, lo acometieron las tercianas.
Galopó hacia Alcaudete
y de camino, en la Feria de Medina del Campo,
trajeron a su presencia a los caballeros Carvajal,
imputados del asesinato de Juan de Benavides.
En Martos, el rey los sentenció de sopetón,
sin sus angustiosas protestas escuchar
y sin temor a ser llamado al divino juicio.
Antes de ser despeñados,
en jaula de hierro, por precipicio,
viendo que inocentes iban a morir, a su juez emplazaron
a comparecer ante la corte de ultratumba.
Tras su marcha reanudar,
Fernando IV enfermó misteriosamente en Jaén.
Cruzó las manos para echar la siesta
y fue hallado muerto en la cama.

ALFONSO XI “EL JUSTICIERO”

Disputándose el derecho a la tutoría,
forman facciones los tíos del niño.

El obispo, con huestes armadas,
custodia a la criatura en la catedral de Ávila.

Llega Alfonso XI a la mayoría de edad
y desposa a la hija de Juan Manuel,
a modo de conquistar un aliado.

Pero la repudia y el frustrado suegro se subleva,
involucrando a los Lara en el embrollo,
del que resulta asesinado Juan el Tuerto,
al que la moza estaba prometida.

Los benimerines en Gibraltar,
Alfonso incendia el campamento mahometano.

Muhammad IV le entrega la espada,
con alhajas guarnecida.

La peste desgració aquellos heroicos años,
en que Alfonso, el undécimo,
murió, en vómitos de sangre ahogado.

EL JUGLAR DESENFADADO

La peste malogró al rey
y la nobleza se acuchillaba.
El nocherniego Arcipreste Juan Ruiz,
nacido en signo de servir a dueñas,
los goces del buen amor disfruta.
Los afanes humanos le dan risa.
Por puertas recatadas, andariego,
de vértigos por una hembra padece.
A Dios pide un libro alegre,
de aventuras con mujeres,
y en fruición de desvergüenza,
teje la letra del docto saber.
Se inclinó, a desplegadas banderas,
a la lírica tabernaria.
Habitar en asperezas le parecía insufrible.
Se burlaba de los abades que acudían a barraganas.
Lo acusaron de someterse a las cadenas del pecado:
lo delataba su enamorado rostro macilento.
Conforme a los preceptos del concilio,
en las calendas de abril,
lo prendió don Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo.
Encarcelado y atormentado,
a la Madre Dolorosa rogaba viniese a liberarle.

DON PEDRO DE LAS MUERTES

Cuando la peste acabó con Alfonso XI,
don Pedro se hizo con las riendas.
 Cuando enfermo cayó,
los banderizos por su corona se roían.
 Su madre, por auxiliar su causa,
hizo degollar a Leonor de Guzmán,
 ex amante de su padre.
 Su sino fue reinar como homicida.
Castigó fatalmente al adelantado rebelde.
 A doña Blanca, desprovista de dote,
 arrojó al calabozo.
 Muere Albuquerque y son asesinados
 los maestros de Calatrava y Santiago.
En Medina del Campo, era la vez de Pedro Ruiz de Villegas,
 que en Toro le había cercado.
 Desmaya la reina madre,
cuando la sangre del ajusticiado el rostro le salpica.
 Don Pedro andaba embozado por las noches,
matando a los guardas que el paso le cortaban.
 Para golpear a los aragoneses,
roba las joyas del sepulcro de Alfonso X.
 Ejecuta a Juan de la Cerda,
 por pasarse al bando de Aragón.
 “Acabad con ese perro desgraciado”,
gritó, con su puñal dando el golpe de gracia
 a Fadrique su hermanastro.
Acto seguido, contra Gonzalo Meléndez su ira descarga.
 Ejecutar a su primo don Juan de Aragón
 y a su tía Doña Leonor,
 ¡quién pudiera no haber menester!
 ¡No tener que escuchar sus aullidos de pavor!
 ¡No soñar con tantos rostros en noches amargas!
 La esposa de Tello, doña Juana de Lara
 y sus hermanos bastardos Juan y Pedro,
 se añaden a la catastrófica nómina,
a la que se suman Pedro Álvarez de Osorio,
 Gómez Carrillo y el tesorero Samuel Levi,
 que había dilapidado las arcas del reino.

El Rey Bermejo, de Granada,
recibió golpe fatal, por fidelidad a Enrique.
La siguiente víctima fue Juan Fernández de Toledo,
hermano del gobernador de Calahorra,
también vendido a la sangre bastarda.
Tampoco doña Blanca de Borbón,
el prelado y el arzobispo jacobinos
escaparon a su rastro homicida.
¡Quién pudiera eludir el abismo de los facinerosos!
No llamar el puñal a su socorro,
en la toma de Nájera, cuando Iñigo López de Orozco
tuvo la cabeza en pedazos.
O en Sevilla, cuando Diego de Padilla
fue mandado al país sin retorno.
La guerra de los Cien Años en la frontera;
de camino, en Montiel,
don Pedro se topa con su hermanastro.
Derrotado, se confina en el castillo.
Los mercenarios le condujeron a la tienda de Enrique.
Los dos enemigos, agarrados, cayeron al suelo.
Pedro queda encima,
mas el escudero Duguesclin puso arriba lo de abajo.
El Trastámara le hincó el puñal,
le llamó “canalla judío”
y gritó que había librado a Castilla de un monstruo.

ENRIQUE II, EL DE LA RAMA BASTARDA

Coronado con su crimen,
Enrique II inaugura la Casa de Trastámara.
No bastaron los sobornos
para apagar la memoria del delito.
En Portugal, ven con repugnancia el fratricidio.
Pero los Lancáster, yernos de Pedro I,
se extravían con la flota inglesa.
La Guerra de los Cien Años quebrantó las dinastías.
Enrique cercó Lisboa.
El enlace de su hermano Sancho
con la hermana del rey portugués
anula todo intento de Juan de Gante,
y extingue las ambiciones de Carlos de Navarra,
que tramaba el regreso del duque bretón.
Para deleite de Gregorio XI,
increpó a las sinagogas.
Embaucó al rey de Aragón,
quien territorios reclamaba.
Se apoderó del señorío de Vizcaya
y urdió el tratado con Navarra.
En azaroso momento, cayó enfermo
y pasó a la vida de ultratumba.

EL CANCELLER MAYOR

El encumbrado López de Ayala,
hombre de guerra y anacoretismo,
conoce el orden perdido del mundo.
Considera los conflictos del estado
bajo catecismos de misericordia.
Condena los abusos de los ministros de Satanás,
y toma dura parte en batallas.
Contra Aragon, combate por Pedro.
Harto de las tiranías del rey cruel,
en Nájera, se hizo trastamarista.
Cae prisionero,
pero el Príncipe Negro, a cambio de abultado rescate,
no lo entrega al monarca furibundo.
Enrique II le concede
el grado de Alférez Mayor del pendón de la Banda.
Pronto el magnate los peldaños escala
de Alguacil Mayor de Toledo y Alcalde de Vitoria.
Como guardia de cuerpo en Flandes,
bebe con el rey francés en sus estancias.
Más aún destaca su brillo
como firmante de treguas con Ricardo II de Inglaterra.
Tuvo muelas quebradas en Aljubarrota.
Después de más de un año en una jaula en Obidos,
lo rescató, por treinta doblas de oro, doña Leonor.
En la sede papal de Aviñón,
discutió el Cisma con Pedro de Luna.
Al regresar pudo, al fin, con los jerónimos, disfrutar
de la más apolínea de las órdenes.

EL FRACASADO JUAN I

Juan I lanza la Hermandad contra toda oligarquía.
Siendo marido de la heredera Beatriz,
y habiendo el portugués muerto sin sucesión,
se propuso a sí mismo rey consorte de Portugal.
Entrelaza la urdimbre,
acuñando monedas con el retrato de la reina.
Exige que su suegra renuncie a la regencia,
y la encierra en Tordesillas.
Incendia los arrabales de Coimbra.
Su bando se enfrenta al del bastardo de Avis,
que solicita la intervención de Inglaterra.
En Aljubarrota, fuego fatuo de arremetida,
los jinetes contra estacas se estrellaron.
Dardos ingleses perforaron castellanos pechos.
La peste remató a los heridos,
y se cebaron los buitres con la mejor nobleza.
Con los británicos desembarcados en la Coruña,
Juan I, arrepentido de su arrojo,
huyó precipitadamente en una mula.
Costosa le fue la paz
para escapar del cuchillo del de Avis.
El precio lo pagaron las Cortes,
que llevaron luto durante un año.
Su obsesión fijada en la corona lusa,
apenas afrontó otra embestida.
El caballo que le salvó en Aljubarrota
le derribó fatalmente - desairado azar -,
cuando perseguía a una liebre.

INTERLUDIO FANÁTICO

Arzobispo y duque se enzarzaban,
mientras Enrique III aún pañales vestía.
Instigado por doña Leonor, madre del futuro rey,
Ferrán Martínez, arcediano de Écija, con turbamulta,
arremete contra las sinagogas.
En Sevilla, fue saqueado el barrio de Santa Cruz.
En Toledo, acuchillaron a muchos hebreos.
De la furibunda multitud
el alboroto era indomable.
Vicente Ferrer, vestido de pardo,
a las órdenes del cardenal de Luna,
predicó en la Sinagoga
para hacer de los judíos unos penitentes.
Esparciendo agua bendita, bautizó a miles de conversos.
En Valencia, las aljamas a escombros reducidas,
las víctimas acudían masivamente a la pila bautismal.
Se sospechaba, con todo,
que muchos practicaban sacrilegios a escondidas.
Salomón Halevi, rabino supremo,
recibió el agua santa
y se transformó en Pablo de Santa María.
Para probar que no caería en apostasía,
se declaró discípulo de Tomás de Aquino.
Subido a gran estado, de Burgos se hizo obispo
y procedió por la vía del fuego contra su raza.

ENRIQUE III, EL DOLIENTE

Aunque sumido en fiebres,
con sólo catorce años
castiga a sus degenerados tío y primo.
Era menester dar cima al incordio,
que cobró huella por su menor edad.
Entre cólera y melancolía,
reunió las agotadas fuerzas
para expulsar a Juan de Avis de Extremadura.
Pese al sufrimiento de su dolencia,
hostiga a los corsarios del Estrecho.
Su empeño no evita el ciclo de debilidades,
con el sultán de Granada atacando Murcia,
y diezmada la élite castellana
en los alrededores de Quesada.
Quiso dar represalia a los nazaríes,
pero los hechizos le habían emponzoñado.
De su físico siempre acompañado,
macilento cual maniquí de cera,
armadura vistió, con los signos heráldicos.
Le cayó sobre el alma el decreto divino.
No pudo menos que renunciar a sus partidas de cetrería.
Bajo el tormento de la enfermedad,
de camino a la frontera de la guerra,
delega funciones en el infante Fernando.
En litera hubo de ser transportado
el valeroso de las justas y torneos.
Los quebrantos, que no las armas, le han vencido.
Se celebraban Cortes en Toledo,
cuando ordenó sufragios por su salvación.
Los mentideros garantizaron
que lo mató don Mair, su médico judío.

EL DE ANTEQUERA

La muerte de Enrique III desata desavenencias.
Por custodiar la corona de Juan II,
la intriga de Castilla y Aragón
resurge con Catalina de Lancaster,
la madre del niño y don Fernando, el tío y tutor.
Por venablos disparados,
el gallardo aragonés, contra los nazaríes,
hereda “de Antequera” el sobrenombre,
probando temeridad
en la plaza del Corral de los Cautivos.
Tuvo al Papa Luna como elector,
cuando agonizó Martín el Humano
y Zaragoza era orfandad realenga.
Nueve letrados en Caspe,
le entregaron, por más astuto, el codiciado cetro.
La nobleza catalana prefiere a Jaime de Urgel,
quien, sin fortuna, se rebela
y lo encarcelan las tropas castellanas.
*“Os pido, por merced que vos membréis
del linaje de donde vengo”,*
le suplica el conde.
*“Por mi tía, vuestra mujer,
perdono la muerte que merecíades”,*
contesta el de Antequera.
Así hablaba, valiente,
hasta que padecimientos lo acometieron.
Tras la intriga de la oligarquía catalana,
a los treinta y siete años,
inexorablemente,
la muerte lo alcanzó en Igualada.

JUAN II Y EL CONDESTABLE

Después de los recitales
de Alonso de Cartagena y Juan de Mena,
don Álvaro, perro fiel, al pie del rey dormía.
Con deshonesta ambición,
malgastando el regio patrocinio, acaparaba puestos.
Dos años de cautiverio en Mora
pagó el infante Enrique de Aragón,
por la osadía de molestarlo.
Jamás el rey le ha negado cosa:
ni el alto castillo de Montalbán,
propiedad de la reina,
ni la mitra de Toledo para su hermano.
Tampoco el cargo de notario mayor del reino.
Que de su lado se apartase a don Álvaro
los despechados rogaron a Juan II.
Es que se trataba de un nigromante,
que lo encantaba con artes diabólicas.
Pero el rey llamó a su entrañable
para contener los desórdenes.
¿Cómo alejarse de su timón para toda peripecia?
Vuelve al regio cobijo el hombre ominoso,
cubierto de potentados.
Cuando los dos, uña y carne,
atentan contra las rentas navarras,
los infantes aragoneses los atacan.
Hacia Olmedo de huida, encandilado,
galardones el rey brinda a su querido.
Muerto Enrique de Aragón en la batalla,
coronadas villas y el maestrazgo de Santiago,
enarbola el De Luna.
Sin cesar de ostentar protagonismo,
osó don Álvaro desafiar a Alfonso V de Aragón.
Taló olivares en Granada,
y libros en la casa de Enrique de Villena.
Ordenó el asesinato del contador mayor del rey.
Abusando de la indulgencia suprema,
su mesnada hizo temblar mares y arenas.

Con esos desmanes, unánime odio atrajo.
Como a la presa acechan los cazadores,
el procurador de Cuenca y el príncipe Enrique,
mediante complicidad de doña Isabel,
presionaron tanto al rey
que don Juan cedió a aquellos obsesivos ruegos:
al ordenar que se marchara a su álter ego,
prometió que le respetaría la vida.
Un tiroteo rinde a don Álvaro,
y un remedo de juicio lo condena.
Dos cirios, una cruz y el tapiz negro
ornamentaban la Plaza Mayor de Valladolid,
cuando el condestable fue decapitado.
Tres días pendió de un garfio su cabeza.
No resistió Juan II al impacto de esa pérdida.
Se encerró en sus aposentos,
en los que prohibió entrar a la reina.
Carcomido por el remordimiento,
día tras día lloró desconsoladamente hasta la muerte.

EL CABALLERO DE LA GAYA CIENCIA

Don Ñigo, por amor de serranillas,
desdeñaba de aduladores las majaderías.
Parcial de los infantes de Aragón,
tragó la hiel de agotadora empresa,
metido en la trifulca de los *mestureros*.
Tras la inquina aragonesa contra el impertinente De Luna,
al rey de Castilla rinde pleitesía.
Caballeros puso al servicio del condestable.
Adelantado mayor de la frontera,
sus aldeas ensancha en Guadalajara,
donde guardaba los códices del arte.
Del árbol láureo coronado,
bebió con Juan de Mena en tazas del Parnaso.
Escrutó los lances de la Fortuna
y de Enrique de Villena, el difamado esotérico,
en la triste ribera lloró la defunción.
Los frutos de su minerva no pudo evitar
que el obispo Lope de Barrientos quemase.
Pero salvó de la vesania *El arte de trovar*.
De tertulias amigo, que no de refriegas,
Ñigo López de Mendoza, señor de Hita y de Buitrago,
ensartó a los morunos caudillos,
blandiendo el estandarte, golpe a golpe,
hasta conquistar las heredades de Santillana.
En el reparto de las primicias,
con la merced del marquesado se encumbra.
La destreza en la pluma fue su grandeza.
Puso en boca del decapitado la confesión de sus tropelías.
Menos con arrojo belicoso que con biblioteca moral,
se cobró gloria el Marqués de los proverbios.

DE LOS INFUNDIOS E INTRIGAS

No se ha manchado la sábana del himeneo.

Doña Blanca salió intacta de la coyunda,
lo que implicaba la impotencia de don Enrique.
Se dijo que se había entregado al vicio nefando.
Que se aficionó a “lo que hace flojo” al varón.

Que abrazaba un torrente de torpezas,
y aborrecía toda ocupación.

Que se vestía a la usanza nazarí,
y compartía su lecho con mercenarios moros.

Le procuran auxilios devotos.
Juan Pacheco le arregla nuevos esponsales.

A ver si tenía verga firme,
según testimonio de un cura,
o fuera un Saturno en el tálamo,
como solía actuar con doña Guiomar.
Doña Juana salió tan entera como venía.

Los validos en pugna por el Maestrazgo,
al más hermoso lo regaló en premio de postín.

Juan Pacheco, mordido de celos,
de la sospechosa paternidad de la princesa
difunde la semilla.

“La Beltraneja” pérfidamente se la llamó.

El rey perdonó a su detractor.

Bajo presión del de Villena,
encumbró a su hermanastra.

Instado por De la Cueva,
volvió a ensalzar a la Beltraneja.

Soportó el ultraje de Ávila,
donde, de un tablado,

a puntapiés y a gritos de “¡abajo, puto!”,
un muñeco derribaron y, en su sitio,

pusieron a don Alfonso y su mano besaron.

Se ensañaron las tropas del arzobispo Carrillo y las de Beltrán.

Una empanadilla envenenada mató al heredero,
a quien Gómez Manrique auguraba terrena gloria.

No logró Enrique IV imponer el matrimonio

de Isabel con Alfonso de Portugal.
Ni siquiera despojar a doña Juana.
La hermanastra juró no casarse sin su consentimiento.
Alfonso Carrillo falsificó la bula,
e Isabel se libró de sus pretendientes.
Fernando de Aragón atravesó la frontera
y se celebró la boda a escondidas.
Entre disturbios, vuelve el rey de su anterior acuerdo:
designa nuevamente a doña Juana.
Cuando los prelados en la encrucijada,
el cardenal Mendoza funde la plata de las iglesias
para pagar las tropas de Isabel.
El arzobispo Carrillo por La Beltraneja ostenta espada.
El portugués Alfonso V se autoproclama rey de Castilla.
A Enrique IV, deshecho en vómitos de sangre,
todavía le preguntan si Juana de Trastámara era su hija.
En la cuenca del Duero,
destrozados los lusos pendones,
el hito que se celebró
en San Juan de los Reyes sería simbolizado.

EL DESAFORTUNADO CAPITÁN

El capitán Jorge Manrique, hijo devoto,
viste el manto púrpura del sacrificio.
Plañe piadosas coplas
a la heroicidad de su difunto padre.
Se dispone a imitar sus trabajados días
y las hazañas en las que tierras cobrara de tiranos.
Se hizo guerrero profesional.
Desvelado de velar en almenas,
congojas convirtió en romería.
Remedio no había de alegre vida,
ni más vida que el peligro de vivir.
En tiempos de muertes sin tregua,
halagüeño era vestir de armadura.
Heraldo de las villas de Toledo, resistió combates,
cual San Vicente a las fieras lanzado.
Arremetió contra los del díscolo Villena y la Beltraneja.
¿Qué se hizo de su ceñida pujanza?
¿Acaso pudo ver a los portugueses mordiendo el polvo,
bajo la espada de Fernando de Aragón?
¿Qué tributó a la Virgen de la Victoria,
cuando de gala se vistieron los heraldos de Castilla?
Cualquier pasión era mejor
que aquel galardón delante de las puertas de Garci-Muñoz.
La muerte lo cogió con armas en la mano,
y estribillos entre la ropa.

LA CRUZ SOBRE LOS MINARETES

Doblegada la díscola nobleza,
milicia y dogma reparte don Fernando.
Muley Hasan, al recusarse a pagar parias,
monedas ya no labraría, sino hierros de lanza.

El Zagal puso Zahara bajo estruendo:
los granadinos subían escaleras
para arrojar venablos a los castellanos.
Pica espuelas el rey maquiavélico.
Quema cosechas, mata mulas y caballos.
Sobre los precipicios, en la toma de Alhama,
lloraban los alfaquíes.

En la casa granadina,
la sultana en armas contra la concubina,
Muley Hacén la confina en el Albaicín.
Arrojándose en defensa de su madre,
Boabdil a su padre destrona.

En juego de raposa y cazador,
Fernando, el campeón de las tretas,
lo hace prisionero en Lucena.

Doce mil doblas de oro,
su hijo como rehén, y 60 cautivos por año
pagaría el moro por su libertad.

Rodrigo Ponce de León devasta los almacenes de Ronda.

Capituló la ciudad de los mármoles abruptos.
La caballería, al son de trompetas,
con fuego de piedras abre las murallas de Loja.
Cabalga Isabel vestida en terciopelo.

Tabardo carmesí luce Fernando,
yendo a la brida con largos estribos.
Tras el fulminante asedio a Vélez,
galeras armadas cercan el arsenal de Málaga.

Los disparos de los atalayas
no les salvaron de las cadenas,
ni del traspaso al mejor postor.
Cuando el Zagal se abalanza sobre Murcia,
la artillería bendecida bombardea Baza.
Apretando el demorado cerco,

vestía armadura la cristianísima reina
y cabalgaba de castillo en castillo.
Cuando se rinden Almería y Guadix,
Fernando soborna a los aliados del granadino,
y al sultán de Fez recurre Boabdil
para no morir de rodillas.
Los turcos avanzaban sobre Europa,
y había prisa en conquistar Granada.
Fue el Zagal asesinado al volver de África.
El cristianísimo rey cabalgó por nevadas cumbres,
y entró con su mesnada por la Vega,
incendiando alquerías.
Al avanzar con sus ataviados jinetes,
Boabdil choca con los cañones de la Hermandad guerrera.
En la despedida, a la luz de las antorchas,
entregó las llaves de Granada,
y a la montaña una entristecida mirada echó.
Dejaba su corazón entre las fuentes.
Granada ya no alegraba a los tristes,
y al que sediento llegaba
ya no ofrecía bebida límpida como el arco iris.

Pérez del Pulgar clava el puñal
en la puerta de la mezquita,
mientras la soldadesca se emborracha en los salones.
Los alfaquíes venden sus bienes raíces,
y se marchan a Berbería, llorando frente al Darro.
Cisneros hizo quemar ejemplares del Corán.
Bautismo o destierro dio a los mudéjares.
A los convertidos prohibió celebrar las zambras.
Mandó destruir los baños de sensualidad,
y recomendó pena máxima para la sodomía.
Cundió el motín, cuando una muchacha mora fue detenida.
El Albaicín se levantó en armas.
El hierro de la represión fue inhumano.
Hubo incendio de casas y niños degollados.

AD EXTIRPANDA

Un tribunal solaparía el peligroso culto.
Horror sembraría hacia los réprobos.
Daría muerte a los usurpadores del Divino Sepulcro.
En el sesgo fatal de Aragón,
unos enmascarados sorprenden al inquisidor Pedro Arbués,
arrodillado ante el altar mayor y lo apuñalan.

En La Guardia, Benito de las Mesuras confesó
que los judaizantes habían profanado la sagrada hostia.
Que habían crucificado y quemado a un niño,
y arrojado al río las cenizas de su corazón.

Según fray Torquemada,
el remedio era mandar al fuego a la progenie infecta.
Como acto reflejo, ordenó descuartizar a los marranos.

Eran reos de fe los hechiceros, los idólatras,
los que daban pócimas amatorias a mujeres,
los sodomitas y los invocadores del Demonio.
Al acusado, se le exigía a sí mismo denunciarse.

Serían delatados los que por él preguntasen.
El inquisidor escarnece la astucia de los herejes:
«fingen mareos, cuando van a recibir tormento».
El más tramposo sonsaca del reo la confesión.

Era de conveniencia sacarles la lengua
para que frente a las llamas no blasfemasen.

De provecho, castigarles,
sembrándoles de sal los hogares.
Necesario increpar a aquellos linajes contaminados
que pozos infectaban.

Isaac Abravanel ofreció al rey 300.000 ducados,
a cambio de la revocación del edicto,
y de pronto se presentó Torquemada,
crucifijo en mano:

"treinta monedas costó la traición del Cristo,
vendedle a mayor precio si elogiáis el hecho".

Don Fernando practicó el rigor crematístico.

Se embarcaron los hebreos,
dando sus patrimonios por un asno.

Bailes en la Corte celebraron el éxodo.
Abraham Senor se convierte en Fernando Pérez Coronel
para no perder su fortuna.
La Reina no indultó a Álvar Yáñez,
acusado de haber comprado
una escritura falsa y matado al notario.
Juan Arias Dávila, obispo de Segovia,
exhuma los restos de sus antepasados
para ocultar que habían sido sepultados
según el renegado rito.
A sus padres desentierran y a Roma los trasladan,
para que el propio pontífice juzgase el caso.
Pedro de Aranda, obispo de Calahorra,
falleció en prisión vaticana,
acusado de no creer en indulgencia.
Lucero torturó a los parientes de Hernando de Talavera.
Por poco no abrasan al octogenario jerónimo
que a miles de musulmanes había bautizado.

EL ALMIRANTE VISIONARIO

El humo de la guerra todavía flotaba,
cuando a Granada llega el estafalario,
forastero de extraña traza,
llamando a la puerta de los Grandes.
Por imposible se juzga su quimera.
A la reina Isabel interesaban los tesoros de Cipango.
Pero el rey Fernando soñaba con la Guerra Santa.
Luis de Santángel le prestó los maravedíes.
El arrojarse en las hogueras del mar
era un viaje hacia la muerte.

Embarcóse en Palos con los desorejados,
llevándose carta para el Gran Kan.
Dentro del callejón de los alisios,
con el tardo espacio de las aguas,
proeza fue persuadir a los amotinados.
Al cabo de dos meses de travesía,
a lo lejos lumbre ve, de rodillas da gracias,
y saca la bandera con la cruz verde.
Era Cipango una isla de papagayos.
Preguntaba por el oro
a los desnudos súbditos del Gran Kan.
Amenazó con colgar a Martín Alonso,
cuando el viento se llevó "La Pinta".
Alzó la fortaleza con los palos de la "Santa María".
Forzoso era dejar a treinta y nueve,
y volver a los pies de la reina.
De la tormenta sufriendo arremetidas,
echa al mar un barril con testimonio escrito.
En Santa María de los Azores,
de un capitán portugués sufrió desafueros.
Navegó hacia Lisboa,
donde a Juan II echó en cara
el haber despreciado su propuesta.
Por poco no lo asesina el enfurecido luso.
Saliendo indemne,
se llevó sus hallazgos a Barcelona.

Con papagayos y aborígenes enfermos,
se postró ante los soberanos,
prometiéndoles montañas de oro:
“¡Se cumplió lo que dijo Isaías!”
¡Era la ínsula de los bienaventurados!

Con carabelas armadas, vuelve a las Indias
aquel Noé, con hombres de pelea.
En La Española, vio los cadáveres acuchillados,
a causa de las mujeres y del oro,
y puso grillos a los pies de Canoabo
para escarmentar su costumbre de cocer cabezas.
Enfermo de modorra pestilencial,
pronto salió disparando espingardas,
cuando los rebeldes tomaron por fuerza los navíos.
En el segundo trayecto de regreso,
murieron las ánimas esclavizadas.

Las bulas demarcaron
el nuevo mundo entre las dos coronas.
Con unos cuantos delincuentes,
en el tercer viaje para servir a Dios,
embarcóse y con flechas fue recibido.
Hubo que ahorcar a los acometidos de soberbia.
Los libelos lo acusaron de decapitar a los indios.
De quedarse con el oro por arrobas.
De haber vendido La Española a los genoveses.
Bobadilla, con estofa de comendador,
lo arresta y lo priva del gobierno.
En el viaje, encadenado,
recusó que le retirasen los grillos:
que “sólo los Reyes se los podrían quitar”.
Desembarcó en Cádiz
con grilletes y tabardo de sayal.
En su defensa, de rodillas, sollozando,
se nombró “mensajero de los nuevos cielos y la nueva tierra”.
Enfermo, sin oro y sin ventura,
fue juzgado y rehabilitado.
Había urgencia en hacerse a la mar.
Vasco de Gama había llegado a Calicut.

(“Con tal de que no se acercase a Ovando”...)
Otra vez el agua como una caldera,
hasta la cubierta entrando.
Los navíos sin velas y sin anclas,
la gente deseando la muerte.
Tenía allí al hijo de trece años.
Sufrió la insolencia de los De Porras.
En Jamaica, un año entero encallado,
hubo que predecir un eclipse
para obtener víveres de los indios temerosos.

En el último regreso,
encontró muerta a su protectora.
“Haya misericordia en el cielo”,
escribió, despojado de caudales.
La gota lo obligaba a montar mula.
Reclamaba sus honores, pero nadie lo escuchaba.
Rechazó un feudo ofrecido por el rey.
Inconsolable, no cesó de llorar por las Indias.

INFORTUNIO EN LA CORTE

Quiso Nebrija forjarse un imperio con la palabra.
Sarao no había, ni velada musical.
Ni sosegada meditación en la Corte nómada.
La Corona conjuga esfuerzos con la Santa Liga.
Los de linaje desfilan con soldados de la fe.
Doña Isabel, con rogativas, pide una guerra clemente,
y el Gran Capitán ataca, a vivo fuego, a los franceses.
Con guantes perfumados, elimina el hedor de los cadáveres,
y recibe del Papa la Rosa de Oro.
“Soy yo el sarraceno perseguido”, dijo el rey de Francia.
Tan profuso fue el éxito militar,
como el infortunio en la Casa Real.
Enferma don Juan,
y en vano, Juan del Encina le canta églogas.
En vano, fray Diego de Deza lo anima.
Después de que el príncipe bajase a la tumba,
golpe tras golpe, desgracias se desencadenaron.
La fatalidad se llevó a la princesa, ya reina de Portugal,
y a su huérfano hijo, a los dos años de edad.
Isabel de Castilla, la señora del apogeo de gloria,
de los dolores se hizo esclava.
Enfermó por cien días,
y el resto de su vida se vistió de duelo.
Inútiles resultaron las plegarias.
Procesiones no mitigaron sus escalofríos.
Las cuartanas fatídicamente la consumieron.
Al disponer sus voluntades últimas,
ordenó que se dijese veinte mil misas,
y que no cesaran de la conquista de África.
Doblaron, a lágrima viva,
las campanas de Medina Sidonia.

LA DESVENTURA DE DOÑA JUANA

Para negociar la paz con Francia,
don Felipe cruza los Pirineos.
Deja a su esposa preñada,
consumida de bien fundados celos.
Sin flota para ponerse en camino,
doña Juana quiso irse a pie, por las calles y lodos,
a vigilar al cicatero,
que, con las rubias de Flandes, se deleitaría.
Cuando el obispo la puerta le cierra,
contra la verja ella se abalanza,
sacudiendo frenéticamente los hierros.
Pasó la noche de noviembre a la intemperie,
golpeando el suelo.
Sin dormir ni hablar,
rugiendo como una leona y llorando.

Cuando pudo a Flandes llegar,
cortó los mechones de una ramera,
que hechizara de lujuria al archiduque.
Apenas proclamada reina,
su padre la declara demente.
Preñada estaba del sexto hijo,
cuando, sin descanso, cuidó al marido,
que sintió escalofríos,
después de haber jugado a la pelota.
Le atendió y le dio de comer y beber,
durante los seis días de su enfermedad.
Cuando el rey rindió el alma,
ella cabalgó, desde la cartuja de Miraflores,
en la niebla del invierno, llevándose el féretro,
entre encendidas mechas y clérigos de negras capas.
No permitía que en cenobio de monjas parase.
No pudo menos que apartarlo
del alcance de las cortesanas envidiosas.

El primer acto de la jefatura de Cisneros
fue privarle de comunicación.

Volvió de Nápoles don Fernando
para encerrar a su hija en Tordesillas.
Luis Ferrer le impone un oscuro aposento
y le prohíbe acercarse a la ventana.
La desdichada, una harapienta,
turbada por un jirón de tinieblas,
dormía en el suelo; camisa no mudaba.
En las sombras del “enclaustramiento piadoso”,
acorralada y cercada de brujas,
tan débil estaba, al negarse a comer,
que el rey Fernando le hubo de “mandar dar cuerda”.
El carcelero empleó la fuerza como último recurso.
Con oraciones, un cura quiso exorcizarla.
Cisneros expulsó al hechicero:
«que por manos del diablo
nunca Dios nos hará merced».

No pudo Fernando evitar Madrigalejo,
donde se cumplió la profecía de la monja bastarda.
Cisneros vuelve a ocupar el supremo puesto,
y ordena que la reina no debía saber
del fallecimiento de su padre.
Le suprime el derecho de oír misa en Santa Clara,
donde el insepulto cuerpo de su difunto marido.
Que «el tiempo era con poca salud»,
le advertía Denia, al emplear «alguna premia»,
apenas ella salía al corredor.
Cuando Juan de Padilla se echó a sus pies
para que ella firmase las proclamas,
contestó “que no la revolviere nadie contra su hijo”.
Entre campanas de dolor,
catorce años estuvo detenida para que Fernando reinara.
Otros catorce pasaría para que todo fuese del heredero.
Vino don Carlos, se llevó las joyas
y hasta a la infanta, su única compañía.
Cuando la comitiva partió con Catalina,
doña Juana se puso en la ventana,
dos días y dos noches, mirando al horizonte.

LAS PROEZAS DEL EMPERADOR

Llega don Carlos abarcando los cañones,
y a la obesa Germana, herencia de su abuelo.
Con la cesárea mandíbula descolgada,
expuesta a la imprudencia de los insectos,
sufrir los desafueros de las Cortes:
¡Que aprenda castellano antes de acudir a Aquisgrán!
*“¡Que se case con la portuguesa,
porque es de nuestra lengua!”*
“¡Que cesen las sinecuras de los prevaricadores!”
Fueron ochenta y ocho peticiones
contra la rapacidad que lo acompañaba.
Más que aquellas menudencias el imperio le importaba.
A golpes de florines compró votos,
inflando arcas y purpurados bolsillos.
En armas se levantaron las dos mesetas:
Padilla expulsa al corregidor de Toledo.
Maldonado subleva Salamanca.
Ahorcaban a diputados en Segovia.
Clérigos saquearon villas en La Sagra.
La insurrección toma Tordesillas.
Adriano de Utrecht ordena incendiar Medina del Campo.
Los comuneros degollados sobre mulas,
y sofocados, por fin, los artesanos de Valencia,
era el momento de recibir la espada de Carlomagno.
Todavía no pudo recrearse su Majestad.
Un protegido de Federico de Sajonia
desarrollaba herética propaganda.
Francisco de Francia ocupaba Fuenterrabía y Milán,
Carlos de Gante regimentó las fieras alemano-castellanas.
!Un solo impulso y arrebataría París!
No celebró victoria a costa de sangre cristiana.
Pero recibió tres mil ducados y dos millones de escudos
para liberar a los hijos
del recluso de la Torre de los Lujanes.

En la alta noche intentaba olvidar la gota,

arreglando relojes.
Para la gula de imperio tenía a los tercios.
Para hartarse a todas horas,
gentilhombres de la boca.
Cuando las tropas pontificias atacaron Milán,
los tercios impagados saquearon Roma.
Para no ser pateado, el papa huyó a Sant'Angelo.
Pese a ese daño,
don Carlos besa las sandalias de Clemente VII,
y es ceñido en Bolonia con dos coronas.

Contra Solimán, que por el Danubio avanzaba,
y Barbarroja, que ocupaba Túnez,
abrió las murallas de La Goleta con su artillería.
Contra Francisco I, que con la flor de lis ornó la media luna,
con una pierna paralizada,
abalanzóse a los rigores de Francia,
e infringió tormentos en Gante.

Otro matrimonio buscó por costear la guerra,
en tanto que doña Isabel fue llamada al cielo,
y Francisco de Borja juró jamás servir a un señor
que se pudiera morir.
Las galeras se estrellaron contra las rocas en Argel.
Con espada o puñal, para matarse con el rey francés,
vistió su mejor armadura y marchó en vano
a la frontera de San Juan de Luz.

Tras desbaratar en Mühlberg a los luteranos,
disfrazado huyó del doloroso trance de Innsbruck.
En litera, acudió al frente,
contra los protestantes en Metz.
Dos meses de nevadas, hambre y tifus
forzaron la retirada.
No pudo evitar la escisión en Augsburgo.
No pudo salvar el catolicismo inglés
con matrimonio de Felipe.
No pudo castigar al Turco.
Los reveses y las malas digestiones
descolgaron las insignias de su pecho.

El que tanto abarcó tuvo una celda por cámara.
A la postre de tantas ambiciones,
se le vio penitente, trasladado en parihuela.
En Yuste, no divisó pie de cañón.
Comió exquisiteces, dando cuenta de las viandas,
al precio de la podagra.
La gota y los herejes fueron su trago amargo.
Lamentaba no haber dado muerte a Lutero.
Maldecía a las órdenes que fallaron catolizar Europa.
De tanto atiborrarse de bocados,
le sobrevino la fatal calentura.
En su lecho, ventana sobre el altar,
sangrado por el barbero,
murió pidiendo castigo a los herejes.

GARCILASO, EL POETA-SOLDADO

Trovador de ninfas y cortesanas,
maestro de la pluma y de la espada,
a todo trance, hazañas solicita Garcilaso.
Sangre dona a los charcos de milicia.
Arriesgara todo por el rojo de la cruz.
Hubiera quedado en Portugal con Isabel de Freire,
y no se expondría a los tiros de bombardas.
La amada, en otro muro asida, sentencia su destino:
la mano que ha tocado el arpa,
sirve a la inhumana furia.
Tres mil soldados a su mando en Túnez,
sin coraza ni casco, herido en la boca y en el brazo,
añoraba la sombra de los prados.
Junto al duque de Alba,
de los bárbaros sufre la soberbia.
Las napolitanas apenas remedian las horas aciagas.
Deploró la desgracia de don García
en la nefasta expedición de Gelves.
Pero siguió mortificándose por los premios de Marte.
Con el rostro surcado de miserias,
pasó los Alpes en penosas jornadas,
bajo el signo segador de la ilusión.
Entre molinos arrasados, en Provenza,
en las escaleras de la torre de Muey
una gran piedra, arrojada de lo alto,
convierte en restos con arreos
al que declaraba los conceptos del alma.

EL SOLDADO MÍSTICO

Sobre los muros de Pamplona,
cuando a los invasores franceses azotaba,
una bala de cañón le rompe una pierna.
Los cirujanos tres veces la fracturan
para poner los huesos en su sitio.
No tardó en montar sobre una mula y subir a Montserrat.
En Manresa, ¡cuántas noches en vela,
enfermero del hospital de Santa Lucía,
medita sobre la salud del alma!
Ya no encontraba remedio entre los hombres,
y no se hartaba de castigar el cuerpo.
De pronto, por las orillas del río Cardoner,
todas las cosas le parecen nuevas.
Arrodillado ante la cruz de Cristo,
aspira a padecer ultrajes.
Mendiga descalzo en Barcelona, Roma y Venecia,
durmiendo en los pórticos de las iglesias.
Ni tempestad ni cojera ni peste ni corsarios turcos,
nada dobló su entera reciedumbre.
Se hizo a la mar hacia Jerusalén,
donde quedarse quiso de por vida,
y no lo permitió el provincial.
Cruza la Lombardía en plena guerra,
cuando Francisco I y Carlos V ensangrentaban Europa.
Preso y liberado por soldados de los dos bandos,
por el Mediterráneo escapa.
Por alumbrado en Alcalá de Henares fue tomado.
En Salamanca, sospechoso de “herética pravedad”,
cuarenta y dos días encarcelado estuvo
en la catedralicia torre,
con la esperanza puesta en Dios,
sin hacer caso de la hostilidad de los dominicos.
No pudo menos que irse a París,
en busca de penitentes para sus ejercicios.
Con unos cuantos trotamundos,
reiteró votos de abnegación.
Menos trabajo le costó lograr la pontificia bendición
que disuadir a Isabel de Rosel de ser en la orden admitida.

La pobreza era el tesoro
por el que sus discípulos pedían limosna,
en tanto se retrasaba la peregrinación definitiva.

EL OFICIO DE TINIEBLAS

Con el exilio de Vives,
y su familia en la hoguera,
brotan demonios detrás de los altares.
Era un deber denunciar a los sospechosos.
La detención, un rayo a media noche,
de ignominia viste a los heterodoxos.
El Tribunal falla el exorcismo:
“¡Ha mentido!” pronunciaba la sentencia.
El Tribunal ataja el contagio herético,
en tanto que los curiosos
recaudan velones para obras de misericordia.

Para refutarlos, Agustín Cazalla leía libros heréticos.
Pero teorizaba la predestinación.
Con los familiares, armados de varas,
llama a su puerta el alguacil:
“¡Abrid al Santo Oficio!”
Leída la orden de prisión,
llora la servidumbre, y se pregona silencio:
“que nadie asome a las ventanas...”
Tras el ceremonial de la tortura,
siguió la procesión con veintidós culpados:
manos atadas, a horcajadas sobre asnos.
En la Plaza Mayor de Valladolid,
el Doctor Cazalla es agarrotado y llevado al quemadero.
Se incineran los huesos,
y las efigies de doña Leonor de Vivero
y de la beata Juana Sánchez,
que con tijeras se había en prisión suicidado.
Grita Juan Sánchez, «leña, leña», frente a la hoguera.
Llega el bachiller Herrezuelo, amordazado.
El piadoso sambenito le pesa más que cruz alguna.

Por la multitud apedreado,
recibe puñaladas de un soldado.
Gritan los reos en medio de las llamas.
Felipe II acecha desde su balcón.
“¿Por qué sufro una tal indignidad?”
le pregunta Carlos de Seso, corregidor de Toro.
“Si mi hijo fuera igual de perverso que vos,
yo mismo llevaría la leña...”
contestó el rey y se marchó.
Era día de la Santísima Trinidad.

EL FIERO CAPITÁN DE VERACRUZ

Pronosticara Curitacahe
que con fuego y trueno vendrían los teúles.
El bravucón Hernán Cortés,
avezado a acuchillarse con hombres,
desembarca entre volcanes,
con cuatrocientos desheredados vistiendo armaduras.
A los indios, enfrentados entre sí,
caza con arcabuces y perros sanguinarios.
Masacra a los habitantes de Cholula.
Al encontrarse con el cacique de las verdes plumas,
a su cuello echa un collar de vidrio,
y del mexica recibe uno de oro.
Se tomaron por las manos, contertulios.
“¡*En vuestra casa estáis, oh serpiente emplumada!*”,
dijo el anfitrión, durante la suntuosa comida,
ofreciéndole trono y señorío.
Cortés se asombra con los palacios labrados.
Acude a Cempoalla para doblegar a Pánfilo Narváez.
Vuelve, dando asalto a los mexicas azuzados por Alvarado.
Ya no era Quetzacoalt, vomitado por el mar.
Cuando destrozó los gentílicos dioses,
y echó grillos al soberano azteca,
los tenocha sitiaron el palacio.
Alzado a la azotea, Moctezuma pidió paz a la multitud,

y agonizó de las pedradas recibidas.
Cortés sube las escaleras de Huitzilopochtli,
a brazo partido, hacia los tesoros.
Los aborígenes, innumerables, lo rechazan.
En la “Noche Triste”, contó los ahogados
bajo el peso del oro atado al cuello.
Malherido en la calzada de Tacaba,
venga la afrenta en la llanura de Otumba.
Entre flechas y piedras galopa.
Con los bergantines de los tlaxcaltecas,
en la batalla del lago, mató a tantos
que el agua quedó teñida en sangre.
Perdió dos dedos de la mano izquierda,
pero en el reparto del botín,
quedó con las indias más hermosas.
Pisoteando ídolos por la calzada de Iztapalapa,
con cañones, destrozó los castillos de Tenochtitlán.
Caminó sobre las ánimas ensangrentadas.
Dicen que más de doce mil.
Era sobrecogedora la escena
de los niños con piernas y brazos amputados.
Pese a aquel hedor mareante,
la matanza fue celebrada con gran banquete.
Después de que los aliados comieron
la carne de los mexicas,
Cuauthémoc suplicó a su verdugo:
«toma ese puñal, y mátame luego».
Se le untó con aceite
el cuerpo colgado de un árbol por los pies,
y se prendió el fuego.

LA TRAGEDIA DE EL DORADO

El cometa verdinegro había causado terremotos.
Sobre los hijos del sol irrumpieron ciento ochenta bandoleros.
Azuzando perros y saltando con caballos,
toman posesión de oro y tierras.
Cruzan selvas y cumbres nevadas
al mando de un mendaz guardián de cerdos.
Apenas llegaron,
la enfermedad acabó con Huayna Cápac.
Quemaron a un indio para que confesara
dónde el cobijo del Inca.
De Soto vio al cacique en Cajamarca,
y tanto se le acercó con su caballo
que por poco le toca la impasible frente diademada.
Lo invitó a cenar,
para que Pizarro se apoderara de su persona.
Para librarle del diablo,
Valverde le habló de las virtudes del bautismo:
de no aceptarlas se apelaría a las armas.
Tradujo Felipillo la humillante amenaza.
Atahualpa entiende la pantomima,
y arroja por tierra el breviario.
Comenzaron a sonar los arcabuces.
En la corrida despavorida
dos mil indios fueron aplastados contra los muros.
Llena el amerindio una sala de oro
como rescate de su libertad.
El conquistador le paga con garrote vil,
sobre un montón de leña.
En aquel frenesí de atrocidad,
de puñales clavados y caudales saqueados,
volaban las cabezas repartidas.
Por el oro del Coricancha, ciego de egolatría,
Almagro se apoderó del Cuzco y de los Pizarro.
Hernando, liberado, clavó su cabeza en una puya.
Cuando el marqués Pizarro, gobernador de Lima,
tenía abierto el portón de su casa,
entraron los almagristas con puñales,
a gritos de “¡muera el traidor!”

LA CONTROVERSIA

En la catedral de Santo Domingo, pregunta Montesinos,:

“¿Con qué derecho y con qué justicia
matáis para adquirir oro?”

Francisco de Vitoria, en la cátedra de Salamanca,
osa considerar monstruoso convertirlos por la fuerza.

Una Asamblea examina en Valladolid
los métodos del trato al indígena.

Domingo de Soto, el presidente de la sesión,
anuncia las dos aguas de la disyuntiva:

“se trata del reto de evangelizar sin violencia
o del derecho de hacer guerra a los infieles”.

Esclarece Bartolomé

que la encomienda disponía de hombres como de ganado.

Ginés de Sepúlveda contesta:

“hay que apartar a los caníbales del crimen”.

El hombre tierno replicó

que Dios quedaba deshonrado por aquella rapiña.

“Sufren los indios inauditos vejámenes”.

concordó Carranza.

La discusión trascendió el ámbito vallisoletano.

Oviedo, en Santo Domingo, afirmara

que la pólvora contra los paganos
era incienso ardiendo en honor de Dios.

Padre Betanzos, en Tlaltizapán,

habló de una tierra herida de diez plagas
más crueles que las penas de Egipto.

Guaman Poma, en Perú,

apostilló que los regidores eran peores que sierpes.

En la tabla de beneficio y recompensa,

Castilla ofrecía la catequización

y los aborígenes aceptaban el saqueo.

En el canje de metales por la Biblia,

Potosí proporcionaba la plata

para el clarín de la Contrarreforma.

EL APÓSTOL DE ORIENTE

Francisco Javier, un andrajoso pordiosero,
en peregrinación, sin probar bocado,
de puerta en puerta mendiga.
No hace caso de la difamación de Landívar.
Herejías extirpa en Bolonia,
y se da prisa para partir de Lisboa a las Indias.
Renunciaría a mil títulos de hidalguía.
Su nobleza era enfrentar las olas enfurecidas.
Entre muertos y enfermos,
minado él mismo por el escorbuto,
sondeó la borrasca.
El Papa le había nombrado Nuncio,
pero él no más era que un harapiento.
A la vera de los apestados,
en Goa, del hospital a la cárcel,
para leprosos celebra misa.
Trata las pústulas de los enfermos.
Cuenta a la gente episodios del Evangelio.
Proclama, *sániasí*, la igualdad de los hombres.
En los aledaños del Cabo Comorín,
abrasados los pies, de aldea en aldea,
bautiza a los pescadores de perlas.
Denuncia la bellaquería de los capitanes portugueses,
y ordena demoler unas pagodas.
Intentaron matarlo a flechazos.
No le importaban las privaciones
ni la furia de los depredadores de cabezas.
De Malaca a las Molucas, entre caníbales,
avanzó por la ruta mandarina.
En islas de ponzoñas, halló consolaciones.
Al rey del Japón ansiaba convertir.
Encaramado a la popa,
rezó cuando la tempestad hirvió el mar.
De las selvas de mosquitos a la nieve,
llevaba sus credenciales en pergamino.
Los bonzos lo tomaron por fabuloso y le tiraron piedras.
Con los pies llagados
de predicar en calles de Yamaguchi,

era un mártir vivo, obsesionado con los peligros.
El próximo paso era convertir al emperador chino.
En una década conquistaría toda Asia.
En Sanción, mientras esperaba el junco
que lo llevaría a Cantón,
los demonios le inocularon fiebre letal.

EL APRENDIZAJE DEL PÍCARO

Expuesto a la malvada índole,
salía al mundo el niño echadizo,
cruzando tabernas entre truhanes y suripantas.
De sólo en entierros comer,
siendo los tiempos de poca defunción,
con el ciego pide limosna,
y más que el diablo astucias esgrime.
En el poste, dio con la cabeza del embustero.
En los ensanches y en las mancebías,
mendigó por un escudero.
Del avaro clérigo al servicio,
con el hambre agarrado a la tripa,
igual le daba comerse sopa con la chusma
que con ratones roer bollos de beatas.
Puesto que el hartarse era de los perros,
no había de fatigarse por el mucho comer.
Mendrugos trajo para que los comiera su señor.
Sirvió a esos temerarios burladores,
hasta conocer al arcipreste de San Salvador,
el que con manceba ya preñada lo casó.
Evolucionó de pedigüeño a pregonero,
a la pecadora compartiendo
para arrimarse a los buenos.

LUIS DE GRANADA, EL PREDICADOR

Mejor que imputarse cargos de traición
es holgar con cátedra espiritual.

Así fray Luis razona,
mientras se habla de castigo y de sangre maldita.
En San Gregorio de Valladolid,
se achacan perfidias los cofrades.

El profesor de conciencia,
de Badajoz a Évora,
el pan de la palabra repartía.
“No hay paraíso que se iguale con el mío”,
confesó al docto Juan de Ávila.

Pese a este estratégico retiro,
Valdés lo acusa de escribir
«para mujeres de carpintero»,
y lo involucra en un proceso de libros prohibidos.

*“Por Valladolid ni al cielo quisiera ir,
si no fuese por a Dios servir”*.

En Lisboa, hombre de confianza del Cardenal-Infante,
pacificó a la familia real,
cuando don Sebastián mal se llevaba con la abuela.

Después de la tragedia de Alcazarquivir,
el rey de España insistía
en cómo el cardenal Enrique no debería casarse.

Fray Luis no entraba en cosas cortesanas,
mas criticó a los dominicos del bando de don Antonio.
Cuando una monja impostora exhibió simuladas llagas,
cándidamente le dio crédito.

Estaba casi ciego.

Pero sentía la rudeza alrededor.

En la capilla de Felipe II,
ha pedido la misericordia del Hacedor
y meditado sobre el azote
que abate a los poderosos.

LA SENTENCIA DEL ARZOBISPO

Valdés pregunta a los que manda torturar:
«¿Os sedujo el arzobispo de Toledo?»
El profesor Agustín Carranza, capellán real,
lleva la mitra toledana,
pero es considerado un estorbo.
Según las lenguas venenosas,
había transigido frente a los protestantes.
Juan de Regla recogía comentarios para fraguar su desgracia.
Le acusó de haber pronunciado los rezos de Lutero
delante del emperador moribundo.
De publicar escrito herético,
de afirmar que Cristo por todos pagó;
por lo que ya no hay pecado.
Hasta Francisco de Borja fue sospechoso
por su amistad con el reo.
“*Escribe cortedades peligrosas*”, confirma Melchor Cano.
“*Ha bebido prava doctrina*”, adujo la Suprema.
Valdés expide mandamiento de prisión.
Lo sacan de su cama de repente,
incautan sus rentas, lo encadenan y torturan.
El Pontífice, a su favor; Valdés, en contra.
Felipe II al riguroso Oficio apoya.
El Papa retiró de España a los obispos catalanes,
favorables a la real prerrogativa.
Felipe II exigió la reposición de los destituidos.
Gregorio XIII condenó al arzobispo
a abjurar las luteranas tesis.
Suspendido de su diócesis, sin honra ni sosiego,
diecisiete años en prisiones padeció Agustín Carranza.

EL SOBERANO DEL ORBE

Hasta de su propia sombra sospecha.
Como brazo armado de la Providencia,
encarcela a los obispos fieles a Paulo IV.
Tras la victoria de San Quintín, que abrió rutas a París,
Inglaterra valía una cruzada.
Se quedaría en aguas de borrajas
la boda con María Tudor,
la que, por enferma, tuvo abultado el vientre.
Con otra inglesa querían casarlo.
(¡Jamás desposaría a una hereje!)
Al enfermizo hijo se anticipa,
y se ceba con la impúber de Valois,
por quien tanto suspiraba don Carlos.
No autoriza el himeneo del príncipe con Ana de Austria.
No viajó a Flandes para no cederle la regencia.
Con guardas, forzó la puerta de la habitación de su heredero,
cuando conoció su proyecto de abandonar España.
No compareció a su lecho de muerte,
cuando doblaron las campanas
a los seis meses de su aislamiento.
«Mi hijo estaba loco», escribió al Papa.
Prohibió llorar a Doña Isabel,
quien, entre desmayos, bajó al mortuorio lecho.
Sufrió de diarrea, cuando decidió que el duque de Alba
echase a rodar cabezas hugonotes.
Sentenció al garrote a Montigny, barón de Valenciennes,
quien se trasladó a Madrid
para decir que no era justo verter sangre por la fe.
Después que Ali Pacha cayó muerto en Lepanto,
dijo que no era a don Juan, sino a Dios,
a quien se había de agradecer.

La gota se le agudiza con la hiel de las noticias:
las guerras a chichimecas y araucanos,
los fracasos de Alba y Requesens
y la fiebre pestilencial que acabó con don Juan.
Consintió que Pérez mandase acuchillar a Escobedo.
De la viuda de Ruy Gómez y del valido don Antonio,

por sus secretos de alcoba,
ordenó la detención.
Manda quemar la efigie del perseguido,
que de todas las mazmorras escapó.
A su pedido de clemencia,
contesta *“que sea arrastrado por las calles públicas
y le sea cortada la cabeza”*.

Se deshizo del achacoso cardenal Enrique,
cuando don Sebastián desapareció
en las llanuras de Alcazarquivir.
Derrotó en Lisboa al prior de Crato.
Otros trastornos darían al traste con su prudencia.
Contra la reina inglesa, la de los cuervos filibusteros,
envía a Medina-Sidonia a desplomarse,
sin saber cosas de mar, en el Canal de la Mancha.
Cuando de los buques acribillados
volvió una cuarta parte tripulante,
tuvo fiebre por más de un mes.
La desgracia se debía a “nuestros pecados”;
y es que la beatería de la inmoralidad iba de mano,
y los monasterios en desidia se ahogaban.
Había que investigar la limpieza de sangre.
¡Había que punir la sodomía,
la blasfemia, el fornicio y la bigamia!
Confinado en una silla,
los miembros hinchados, cubiertos de pústulas,
quedó cincuenta y tres días inmóvil.

LA VICTORIA DEL CATEDRÁTICO

Arrebatan a Fray Luis de Salamanca
y lo encierran en una oscura celda.
Se le achacaba venir de casta de conversos,
estar en contra de los decretos de Trento,
interpretar la Vulgata con ideario hebreo,
poner la Escritura en lenguas vulgares,
y traducir los Cantares como carta de amores,
con “abrazos, besos, pechos y mi amada”.
Diego de Haedo “hereje y perjuro” lo llama.
"Prendería fuego a su linaje", afirma León de Castro.
Con dieciséis acusadores lanzándole venablos,
cinco años en Valladolid lo enclaustran.
Todo hicieron para destruir al cultivador de la lira.
Los nombres de Cristo fueron su defensa.
¿Qué sabían de poesía los que lo acusaban?
¿Qué sabían del aliento celestial aquellos malvados?
¿Qué conocían del que, estando altísimo en sí,
con sus criaturas se baja?
Llegaron a proponer que se le diera tormento.
Pero no impidieron que entrase en Salamanca,
al sonido de trompetas.
No impidieron que le fuesen restituidos honra y cátedra.
En luz purísima Fray Luis reposaba:
«decíamos ayer», recobró sus clases,
bajo la guarda del que defiende a los afligidos.

LA MÍSTICA DOCTORA

Al cura de Becedas, que por ella enloquecía,
le dijo: “voy sola, pero voy con vos,
porque al mismo sitio vamos”.
Estuvo muerta, en los ojos le vertieron cera.
Los abrió para embeberse en deliciosa penuria.
Vio las llagas del Cristo,
y despidió a los caballeros del locutorio.
Llora y desmaya, turbada por las maravillas
que Dios realizaba en ella, una pecadora ínfima.
Flagela el cuerpo para que vuele el alma.
Un madero le servía de almohada.
El padre confesor la mortifica.
Era ella la más afortunada de las monjas,
pero ninguna cosa contento le daba.
Se agarró a la reja por la fuerza del arrobamiento.
Sus lágrimas mojaron el suelo.
Decidió fundar conventos con los rigores del desierto.
El Provincial la hizo comparecer ante un tribunal.
Era desatino buscar pobreza en tiempos de hambruna.
Se le acusa de ser nieta de judíos,
alumbrada como los del quietismo.
La salud tenía quebrantada,
pero era tanto el gozo del ánimo,
que parecía salir del cuerpo.
Tan embebida estaba, que no sabía lo que quería,
ni lo que decía, ni qué pedía.
Cruzó largos caminos de intemperie,
enferma, chapoteando entre nevada y lluvia.
Un ángel, con un dardo de oro y fuego,
le había traspasado el corazón.
A Ana de Éboli, quien quiso hacer a su gusto un convento,
dijo que la regla primitiva no era para princesas.
La de Éboli se enfadó
y puso el *Libro de la Vida* en mano de la Suprema.
El Nuncio Segá desconfiaba de “esa fémica inquieta”.
La Inquisición iba a tomar cartas en sus embelecocos.
«Yo soy mi propio inquisidor», dijo sin temblores.

EL SANTO ENAMORADO

Los huesos quebranta en la cartuja celda.
Para gran luz, arrodillado,
los prados esmaltados adoraba.
Es que en Macera se dejó ver Ana de Jesús.
Era de Medina del Campo “la Reina”.
Su estar presente embelesaba.
Trece meses fuera Juan de Yepes rector de Alcalá.
El alma se le bajó al fondo de sí.
El Vicario General lo manda prender,
y lo azotan con látigo en Toledo
para en su espalda escribir la reforma.
Le hicieron vestir a fuerza el paño de los calzados.
Lleno de gusanos y piojos, acostado al suelo,
soñaba con la que iba por ínsulas extrañas.
Flagelaciones no podrían con su obstinación.
Nueve meses en la mazmorra padeció.
La frente en el suelo tenía,
cuando el prior entró, rebotando el pie contra su cabeza.
En Beas de Segura, acogido por Ana de Jesús,
contempla las colinas, a la sombra de los olmos.
En Baeza, inmóvil queda, con el cáliz en sus manos,
como si la misa hubiese concluido.
A la monja va a confesar,
la encuentra enferma, y le canta un villancico de amores.
Quería ser menospreciado, y tenido en poco.
Bajo los árboles, insomne, absorto,
mientras los bosques miraba,
vinieron a hablarle de asuntos mundanos.
“Dejémonos de baratijas y hablemos de Dios”, contestó.
El vicario Doria lo consideró un obstáculo.
Diego Evangelista no cesaba de amonestarlo en público.
Sería mandado a Méjico, a convertir indios.
Lo echaron a la serranía, en la Peñuela.
De rodillas, escribió:
«No se habrá librado la madre Ana de Jesús de mis manos.
No morirá con esa lástima:
no se le acabó la ocasión de ser muy santa».

EL INGENIOSO HIDALGO

Por haber en duelo herido a un tal Antonio de Sigura,
le quieren cortar la mano.

Se hace fámulo del cardenal Acquaviva.

Era el rostro aguileño de un espectro armado.

Sale, con temerario empeño, a enderezar entuertos.

En Lepanto, arremetió contra la endiablada canalla.

Pecho herido y mano rota
fueron hazañas de la más alta ocasión.

En Nápoles, embarcose en una galera
que los piratas berberiscos rapiñan.

De cadenas maltratado en Argel,
oculta en una gruta a los fugitivos,
esperando fragatas invisibles.

Los galeotes con piedras lo agradecen,
y a punto estuvo de ser ahorcado.

Sus hermanas sacrifican sus dotes.

Su madre se hizo pasar por viuda para provocar compasión.

Tras cinco años a golpe de martillo,
los trinitarios lo han devuelto a sus cantares de aldea.

Montando en mula de alquiler,
para la Armada trigo recogía.

Por letras de cambio se metió en líos,
dando en Écija con la excomuni3n,
cuando embargó el trigo de los can3nigos.

Encarcelado en Sevilla, por malversaci3n de sus jefes,
ungüento le faltó para untar al magistrado.

Solicita trasladarse a las Indias.

Con aquel «busque por acá», se le niega la merced.

Su patrimonio desapareció con Sim3n Freire.

Siguió la corte hacia Valladolid,
para compensarse por lo sufrido.

Se encontró con Gaspar de Ezpeleta,
acuchillado a la puerta de su casa.

El criminal era el sicario de un cornudo.

Pero el alcalde echó la culpa al hombre que escribía.

Se le veía con barbas de plata, cargado de espaldas.

En l3bregas chozas, esclavo del Santísimo,
escuchaba los ladridos de los santos canes.

La boda de su hija le hizo acuchillar odres de vino.
Con armas inservibles,
a cada paso era victima de pullas.
Polemizó con Lope en el mentidero.
No retoñaban las caballerías.
Hidalgo de maltrechas ilusiones,
de no haber sido un héroe,
al desprestigio no lo hubieran relegado.

EL REY PASMADO

Si alguien le traslada documentos,
Felipe tercero manda, con un gesto de la mano,
que los dejen en la mesa del duque.
Reza el rosario, mientras en Dunas
Nassau a los tercios cañonea.
A don Francisco Gómez de Sandoval,
regala feudos y prebendas,
escribanías de sacas y cosas vedadas,
y cincuenta mil ducados
de la plata que llegaba en galeones.
Traga la hiel de la mudanza de la Corte.
El buen ministro era su escudo
contra las cortesanas rencillas.
¿Qué Valladolid se entregaba al despilfarro?
Lo importante era bailar y cenar.
¡Qué no le hablasen de virtudes teologales,
cuando la hora era de jolgorios, cañas y fiesta de toros!
Aborrecía los sentimientos mundanos.
Se regocijó, con todo, cuando el prelado mayor bendijo la mesa,
con botillería provista de todos vinos y aloques del Reino.
Con Grandes, Títulos y Caballeros
sorbió la copa en alfombrada silla,
cuando Lerma trajo la corte a la orilla del Manzanares.
No alteró su patrón conductual,
al enterarse de la prisión de Juan de Mairena,

que osó justificar el regicidio.
Descargar sus ansias en los cenobios
lo ayudaba a plantar cara a los sucesos:
vestir de blanco
y asistir a la procesión en acción de gracias
por la morisma echada a Berbería.
Flotar en la marea de las circunstancias,
y aceptar la trama de la reina y fray Diego Mardones
para acabar los latrocinios del valido.
Pero el Duque de Lerma lo había sostenido en sus caídas,
y merecía el galardón de Príncipe de la Iglesia.
Quisiera no albergar tantas penalidades,
pero el reino resbala a los pies del padre Aliaga,
y Uceda se hizo imbatible en la fragua de los ardidés.
Llenas las bolsas, Villalonga y Rodrigo Calderón
del cohecho también disputan la corona.
Aparte de tales fechorías,
los turcos vilipendian las santas armas,
y pululan motines de los impagados en las Provincias Unidas.
Los portugueses atribuyen las pérdidas de las tempestades
a la española soberanía.
¡Vive Dios que escarmentaría tanta ignominia!
Pero más que pasmado, apesadumbrado,
se tambalea el señor del mundo.
Tras volver de Portugal, evidenciaba color sospechoso,
y paseaba, ensimismado, por los jardines.
En tanto que el fuego de su chimenea crepitaba,
de fiebre ardiente se agotó,
como el imperio en la ofensiva de ultramar.

LOPE DE VEGA, EL FÉNIX DE LOS INGENIOS

Abona con comedias el favor de Elena Osorio,
y por difamarla, con los huesos da en la cárcel.

Camino hacia el destierro,
la frente coronada de laurel,
en La Coruña desembarca,
y escapa del cataclismo de la Armada.

En un sereno abril de naranjales,
navega el mar de Venus con Isabel de Urbina.

La muerte se llevó a su querida,
y al fruto alboreado de sus entrañas.
Le prohibieron con Antonia Trillo consolarse.

No le daban pan las fiestas literarias.

La clerecía cerró los corrales,
por defunción del rey de las reliquias.
Hubo de servir a un suegro carnicero.

No bien se casó con Juana de Guardo,
fue tras Micaela de Luján,
cual mariposa hacia la llama.

Entre farándula y juegos de escarnio,
ejercita, en tempestuosos amoríos,
la trama argumental de las pasiones.

Se enzarzó con Góngora y su cohorte,
por lo de las “torres de torreznos”.

Al duque de Sessa le pidió aceite para no cenar sin luz.

La cabrona ocupación del Santo Oficio
compensó con la caballería del Santísimo.

Jornadas en fragua lírica forjó
en los salones del Alcázar de Sevilla.

Dos golpes de desesperación lo abatieron:

Carlillos convertido en lirio helado,
y Juana muerta al dar a luz a Feliciano.

Tragicomedias dedicó a Felipe III.

El conde de Saldaña su ingenio alababa.

Sin éxito pidió el cargo de cronista real.

Falto de premios, a Dios se queja
el autor de mil comedias.

Que Olivares no le perdonaba las que a Lerma dedicara.
El obispo le manda quitarse los bigotes.
En vez de honores de la curia papal,
cosecha la locura y la ceguera de Marta de Nevares,
cuyo marido enojos tantos le causó.
El paroxismo del infortunio fue ahogarse Lope Félix.
En la noche oscura,
escribía arrodillado ante el Crucificado.
Ya con comediantas holgarse no solía,
pero su nombre era excelencia en todas partes.
De su fecundo genio dijo Quevedo
que otro no ha merecido igual prestigio.
“Fuera justo enriquecerle”, confirma Jáuregui.
Un hombre vio pasar un magnífico entierro,
diciendo que era de Lope.
“Dos veces acertó”, Pérez de Montalbán apostilla.

GÓNGORA, EL CISNE DEL BETIS

El racionero Góngora, jugador impenitente,
recibe diezmos en diezmados campos.
Canta el Guadalquivir de barcas enramadas.
 Bajo el arco de bendiciones,
 muestra el mundo por dentro.
Escarnece al cura libidinoso, y al juez venal.
 Satiriza los cuernos de los pedantes,
 y se le acusa de andar en cosas ligeras.
 Capellán de honor de Felipe III,
 acogido a la iglesia del desengaño,
 se muestra con las monjas galante.
 Estiliza cantos inauditos,
 unicornios de rareza insólita.
De su afición por el pagano lenguaje,
 se indignó el puritano Pineda.
 Por el porvenir de sus sobrinos,
 alabó en panegírico al duque de Lerma.
 El conde duque elogió sus manuscritos,
 pero le aquejaba una pobreza de altivez.
 Pastor había sido, y rico de ganados.
Vendió sus muebles, acosado por las deudas.
 No podía pagar los alquileres,
 ni tenía para el coste de la carroza.
Tomado estaba por hambre, como Breda.
 Quevedo compró la casa en que vivía,
 para «desengongorarla».
La fatalidad había arrastrado a sus padrinos.
 Pisó el golfo de sombras,
 delante de sus coronadas tumbas.
De regreso a su Córdoba, en soledad,
 yermo se hizo lo que jardín fuera.

EL REY GALANTE Y EL CONDE-DUQUE

Ahora todo es mío, dijo Olivares a Uceda,
en el dorado camarín
del tierno en años, cuarto Felipe,
que de grado el espíritu le rendía.
De su fámulo era vasallo la majestad
que poseía cuanto el mar cercaba.
En sus validadas manos, con un “sólo de vos debo fiarme”,
puso lacayos, lujo y mancebías.
El conde de Olivares, duque de Sanlúcar la Mayor,
regidor perpetuo de todas las ciudades,
y procurador vitalicio de las Cortes,
como un Hércules decide actuar.
Como medida de purificación,
a Rodrigo Calderón manda dar muerte.
Manda asestar golpe mortal a Villamediana,
de quien murmuraban sus coqueteos con Isabel de Borbón.
Al exilio condena a Lerma y Aliaga.
Estorba el enlace de la infanta con el príncipe de Gales.
A Uceda, Osuna y Baltasar de Zúñiga
hace bajar a la tumba.
Manda al marqués de Spínola a tomar Breda.
Destierra al fraile Tirso de Molina, por «malos incentivos»;
y al duque de Medina, por amores con la Calderona.
Desata cólera contra Quevedo el patizambo.
Actúa contra Richelieu, un traidor de la causa católica.
Envía tropas contra los segadores,
que el día del Corpus de Sangre
arrastraron por las calles y mataron al virrey de Cataluña.

Tras todos esos menesteres,
con jubón de terciopelo negro
y sombrero de seda, salía de caza el “Rey galante”.
Escogía a la más hermosa,
y se la servían en la cama.
Después al convento la enviaba
para que más nadie con ella se deleitara.
Una monja se disfrazó de muerta

para escapar a sus reales apetencias.
Para que olvidara el conventual aroma,
el Conde-Duque le donó el Buen Retiro.

El reino vacila con la dilapidada hacienda.
Los catalanes niegan subsidio a la Unión de Armas.
Los amotinados portugueses
echan por la ventana al secretario Vasconcelos,
y el duque de Braganza rey se proclama.
Medina Sidonia conspira en Andalucía,
y los piratas ingleses hostigan Cádiz.
En Molina de Aragón, un disparo de arcabuz
dio en la carroza de Olivares.
En Rocroi, los franceses se cebaron con los muertos.
Inútil fue regalar el corazón de Santa Teresa a doña Isabel.
La reina conjuró con la duquesa de Mantua.
Cayó don Gaspar en desgracia.
Hediondos crímenes le achacaron los blasonados.

El rey tuvo un arranque de gobernar,
pero no soportó el hastío.
Luis de Haro trataba a escopetazos a las víctimas
de la Guerra de los Treinta Años.
Se perpetuó la insidia de los contrabandistas ingleses,
y arreciaron las conspiraciones de Aragón y Nápoles.
Vino la independenciam de Holanda en Westfalia.
Luis XIV arrebatava botines.
Felipe IV entendió
que la desdicha resultaba de sus «mocedades»,
desde luego perdonadas por Sor de Ágreda.
Echaba de menos al valido que de niño
le besaba el orinal.
Muerta la reina, vino la sobrina, que del príncipe sería.
(Ofrecida en la misma carta de condolencia
por la muerte de Carlos Baltasar).
Tras malograrse dos varones,
se engendró el tercero en la última escurridura.
Reliquias esparcidas en el lecho
garantizarían la salud del vástago.
No obstante el divino amparo,

no se pudo recuperar Portugal.
Vacíos los almacenes,
arrancaban techos los recaudadores.
En agonía, el primer monarca del mundo
sostenía en las manos el crucifijo de sus ancestros.

QUEVEDO, AUSTERO Y ESCATOLÓGICO

Cenaba con pajes y lacayos,
el día en que dejó tendido al que afrentó a una mujer.
Buscaba doquiera peligros.
De Niza, rechazado por la alteza de Saboya,
escapa disfrazado de mendigo.
Hubo que segar cuellos de corsarios,
cuando vaciló su suerte,
con el fracaso de Osuna en Venecia.
Cayó Lerma y Uceda estaba en su contra.
Pero tras el destierro,
se hizo escriba de Felipe IV.
En balde, le instiga a enarbolar el estandarte de Santiago.
A pelear con la autoridad de Fernando el Católico,
y el valor de Carlos V.
Tilda a Luis de Francia y a Richelieu
de verdugos de los católicos.
Fustiga a Montalbán con un arsenal de modorros,
y a Pacheco de Narváez, con una estocada.
Contra la pedantería,
acumula paroxismos de agudeza.
Antídoto buscaba para los designios autócratas.
Respondía por las ruinas de la patria.
“A los que se casan los habían de llevar con campanilla”,
dijo a doña Esperanza.
“En palacio, no cabe el pío”, increpó a los doctores sin luz.
Su desgracia resultó de un memorial,
que auguraba azotes a los que el rey había de temer.
Se le imputó sospecha de conspiración.
De la casa de Medinaceli a San Marcos de León,
discurrió con asco,
en litera, sin camisa ni capa, en el rigor del invierno.
Fueron cuatro años en cerrado aposento,
con sus papeles confiscados,
sentenciado contra su inocencia.
¡Ese vejamen a un caballero del hábito de Santiago!
¡Un Villegas, linajudo por su obra, señero por su audacia!
Estuvo en la prisión como en un muladar.

Él mismo cauterizó sus heridas.
Caído Olivares, las iniquidades no cesaron.
“Fue por causa grave la prisión de don Francisco”,
alegó el rey para guardarlo preso por más cinco meses.

INGENIOS Y PERIPECIAS

En juegos de cañas, la corte rendía gala.
Era un siglo de labriegos arruinados.
De espías a sueldo de los franceses,
De iglesias de retorcidas piedras
y columnas de vides enramadas.
Desde ultramar arribaban los tesoros,
desparramados en manos de banqueros protestantes.
Calderón de la Barca ostentaba el hábito,
por honor de la Hermandad del Refugio.
Servía al Buen Retiro,
cuyo Salón de Reinos Velázquez adornaba.
Tirso de Molina, el mercedario,
tejía comedias galantes.
Zurbarán plasmaba visiones místicas.
Murillo mostraba, con suavidad de colores,
a mortificados pordioseros.
Baltasar Gracián la prudencia regia inspiraba.

En los tablados, suntuosidades
se celebran por los héroes de la fe.
En mascaradas, pantomimas y chaconas,
las mujeres se descubren.
Al acabar su comida con confites,
acude de incógnito doña Mariana al entremés,
en el coliseo engalanado como un festín pecaminoso.
El Diablo Cojuelo seduce a los penitentes.
Los predicadores por sus concubinas se privan.

Era el Madrid de los pícaros cantores de seguidillas
bajo los soportales de la Plaza Mayor.
Donde destreza probaban los caballeros,
y los rufianes azoraban a las mozas de partido.
Los aventureros a América se iban.
Los hampones compraban carne en el Rastro,
y en las encrucijadas nocturnas se mataban.

LA CORTE DEL HECHIZADO

Cuatro años había cumplido el heredero.
España, sin flota ni capitanes,
tiene mohosos los cañones y derruidas las fortalezas.
Llega a Cádiz la plata,
y hacia Francia es embarcada.
Don Juan José de Austria, el hijo de la Calderona,
afrenta al confesor de la regente.
Sale Nithard de tapadillo,
y del pozo de la villanía emerge Valenzuela,
logrando que cubriesen su cabeza.
Juan José maniató al duende
para que reinase el de los apodos ultrajantes.
Concertó la boda del rey abúlico,
pero de fiebres sucumbió,
apenas María Luisa de Orleans cruzaba la frontera.

Señalan los mentideros la falta de embarazo de la reina.
El apasionado Carlos frecuenta su alcoba,
pero precipita la trabazón.
El embajador francés conjetura su carencia testicular,
mas los hechiceros consideran
la ineptitud a resultas de maleficios.

Tanto se empeña Mariana de Austria
que María Luisa muere, tras ingerir una taza de leche.
Vino Mariana de Neoburgo,
y frustrada siguió aún la descendencia.
Reconoció don Carlos el mal cobro dado
a la fortuna que Dios le encomendara.
La Neoburgo embarazos y abortos fingía,
mientras Luis XIV arremetía por tierra y mar.
De hambre se quejan las damas de compañía.
Las dos Marianas se enfrentan,
y a Carlos II tratan con polvos de víbora.
Se acude a santos y romerías.
Los exorcistas discuten
si brujas y malas artes lo harían procrear.

Los curas le arrancan las añagazas del demonio.
Una monja llagada le recomendó privación copulativa.
Ante la sucesión en entredicho,
por doquier proliferaban motines.
Al abatírsele un letargo,
los desvergonzados propusieron maridos para su esposa.
Luis XIV maquinó el reparto de España
entre veintitrés reinos,
y envió ejército al pie de los Pirineos,
cuando el Hechizado nombró heredero al príncipe bávaro.
Don Carlos abrió las tumbas de sus ancestros
y con un «ya no soy nada»,
legó al Borbón doscientos años de conventos.

FELIPE V, ANIMOSO Y MELANCÓLICO

Don Felipe, el quinto,
al servicio de Luis XIV, funda dinastía.
Gran Bretaña y Austria cierran filas.
Contra Flandes y Cádiz se lanzan los austriacos.
Desde Gibraltar a Menorca,
flota el pabellón de los profanadores de reliquias.
Felipe V envía granaderos contra los napolitanos,
impulsa el derrumbe de plazas portuguesas
y encabeza el ejército de Castilla
contra Cataluña y el Levante.
Con Clemente XI en su contra,
despidió al nuncio bribón.
Puso el grito en el cielo,
cuando Luis XIV su desposeimiento negoció.
Tras doce años de contiendas,
compró la paz con carne de cañón.
El fuego aplicado en Barcelona
no redujo la humillación de Utrecht.
Milán, Sicilia, Cerdeña, Gibraltar y el Franco Condado
eran gotas de aceite sobre el agua.
Omnímodo señorío en los mares
la puritana Albión ostentaba.

Resultan ineficaces el azufre y la leche de asna.
El Animoso padece de insomnio y bulimia,
y llora la ausencia de La Saboyana.
Los cortesanos le entregan a Isabel de Parma.
Como los franceses arrasan Urgel,
y no se logra recuperar Gibraltar,
hubo que abdicar en el muchacho Luis
para hacerse con el trono francés.
No pereció Luis XV de Francia.
Es Luis I el que desfallece frente a los oficios.
Lo que obliga a don Felipe a retomar la corona.
Pero el poder, desde el lecho,
lo ejercía la apetecida *Signora* Farnesio.
Ni el clavicémbalo de Domenico Scarlatti
ni los gorjeos de Farinelli

revocaban sus fúnebres pensamientos.
Con la mirada fija, movía los labios sin hablar.
No se cambiaba de ropa
y se imaginaba transformado en rana.
Iba del emético al barbero, cuando intentó huir del Pardo.
Nuevas guerras estallaban.
Se fundaron las Academias.
En la misa, el rey apenas en pie se mantenía.

FERNANDO VI, REY PACIFISTA

Para no reducirse a virrey de Francia,
don Fernando aleja de la Corte a su madrastra.
En vez de atizar el avispero inglés,
disfruta en Aranjuez de noches del capado Farinelli.
Con su fea Bárbara, de estimadas prendas,
en la enjaezada escuadra pasea.
Tendió el manto en defensa de Feijoo,
a quien la Inquisición increpaba.
Pero condescendió con la prisión de Ensenada,
que exigía los impuestos del Santo Oficio.
Entregó los siete pueblos a los portugueses,
y la causa de los guaraníes crispó las órdenes.
Los aduladores le inducen a exonerar a su confesor jesuita.
Había que fiarse de sus instruidos magnates,
de la voluntad de la Señora De Braganza
y de la doctrina del abate de Saint-Pierre.
Pero esas directrices le supieron a desengaño,
cuando a la paz ibérica se arrimó el contrabando inglés.
Los de cualidades excelsas, promotores de insidias,
a la locura no tardarían en precipitarle.
A la postre de toda esperanza,
la reina de por vida se despide de Scarlatti
y don Fernando toca las lindes de la alienación.
A orillas umbrías del Guadarrama,
dieciocho horas permaneció sentado,
sin moverse, en la esquina de un taburete.
A veces, los vasos de plata mordía.
En la cama postrado, insultaba
y arrojaba sus inmundicias a los que le servían.

CARLOS III, EL ILUSTRADO

A hacer productivas las fincas vino don Carlos.
Trajo versallescas costumbres;
lámparas venecianas, Tiépolo
y duques italianos, con los que salía de caza.
Era delgado y feo, pero hermoseó Madrid.
A sus ilustrados tenía
para que el sacerdocio no encadenase
el quinto de los bienes de los intestados.
Exigió señoríos
por pagarse el alumbrado del Paseo del Prado.
Una rémora se hicieron las oligarquías.
La moda de la capa larga y ancho sombrero
suscitó sediciosos pasquines.
Tuvo Aranjuez por refugio,
cuando la turba prendió fuego en el palacio de Esquilache.
A buen recaudo estuvo,
cuando el motín truncó el Domingo de Ramos,
destrozando las farolas de Sabatini.
A cuchillo fue pasada la gentuza,
y menester fue desterrar al marqués,
con quien el pan repartía.
De puntillas, dejan la Península los de Loyola.
En vano, pidió el pueblo que se les permitiera volver
para el combate a la herética pravedad.
Era el episcopado el que, con los pelos de punta,
le solicitaba la “medida económica”.
Como escarmiento a la paraguaya república,
logró que Clemente XIV extinguiese la Compañía.
(Ya le advertiera Bernardo Tanucci
que con jesuitas no había quietud).
Declaró guerra a Inglaterra y Portugal,
a fuer de mercader de colonias.
Era jugarse el cuello en la Habana y Manila.
El litigio por las presas del mar
compagina el desastre en Argel y la caída de Grimaldi.
La ayuda española a la revuelta norteamericana
inspira a los rebeldes araucanos.
En la altiplanicie del Perú,

sometido a suplicio, José Gabriel Condorcanqui
presenció la ejecución de su familia.
De su cuerpo descuartizado,
cada pueblo insurrecto recibió un pedazo.

Pese a la inquina contra las manos muertas,
era “sin pueblo” el desmonte del Antiguo Régimen.
Carlos III no alteró los monopolios de horno y molino.
Dijo que no tocó en la Inquisición,
«porque los españoles la querían».
Apenas pudo con los resortes de la fatalidad.

LOS ESPERPÉNTICOS SUCESOS

Bajo el arbitrio de Floridablanca,
es Jovellanos en Asturias arrestado.
Pero el cordón sanitario no logra confiscar
los panfletos de los girondinos.
Se chismorrea que el mozo de caballerizas
ocupa la alcoba regia,
mientras el rey disfruta de la caza.
En comidilla de amoroso nudo,
se ceban las bocas viperinas.
Más que de los desmanes de Robespierre,
Floridablanca se ruborizó ante la «trinidad» obscena.
Al asumir el mando, lo encarceló Aranda,
al que, por capricho de doña María Luisa,
su majestad por Godoy reemplaza.
Don Carlos tocaba violín en veladas.
El ex guardia de corps, entonces duque de la Alcudia,
por la entrepierna despachaba.
Exhibía el largo cuello de la reina como su Toisón de Oro.
En el derrumbe de la guerra contra Francia,
se perdió Santo Domingo por lo bajo,
pero don Manolito fue titulado príncipe.
Aliarse a Napoleón era someterse a espada inglesa.
Pese a tan temerosa expectativa,
a su propia hija Carlos IV declara guerra.
Godoy rabió por hacerse rey del Algarve,
de donde trajo ramos de naranjas a doña María Luisa.
Se desplomó la armada en Trafalgar.

Don Carlos penetró en la estancia de su hijo,
y destapó las pruebas de la conjura.
Arrestado en su alcoba,
el bribón pidió perdón a los pies de sus padres.
Denunció a sus propios amigos,
y suplicó la protección del privado,
cuyo único escudo era Napoleón,
cuando las tropas francesas ya España invadían.

De la mortadela lusa,
un pincho Godoy mordería.
Los fernandinos destrozaron las puertas de su palacio.
El valido enrollóse en una alfombra.
Lo descubrieron y lo apalearon.
Querían ajusticiarle en Madrid.
Entre barrotes, lo prefirió Murat.
Carlos IV abdicó en su hijo,
rogándole perdón para el entrañable “príncipe de la paz”,
a cuya muerte no sobreviviría.
Cuando entró Fernando, aclamado en Madrid,
Murat ya se había adueñado de Castilla,
y de la espada de Francisco I,
el mejor recuerdo de Pavía.
¡*Caiga sobre tu cabeza la justicia de Dios!*,
a su hijo imprecó doña María Luisa.
Hacia Bayona, en comitiva de rehenes,
se marcharon valido, madre, padre e hijo.
El rey pide consejo a Napoleón,
que arbitra la renuncia de ambos necios:
“*No hay más que optar entre cesión o muerte*”,
sentenció, amenazando al príncipe.
Fernando devuelve la corona a su padre,
que la entregó a Bonaparte.
Pidió don Carlos al pueblo obediencia
a su nuevo y seductor patrón.

EL 2 Y EL 3 DE MAYO DE 1808

Sucedió a las puertas de palacio.
Llegaron los carruajes,
y alguien voceó, desde un balcón.
Lloraba Francisco de Paula,
arrancado a la fuerza hacia Bayona.
Para evitar el rapto del infante,
los insurrectos acometen a los franceses.
Los jinetes mamelucos abren fuego contra el gentío.
Pronto tirotean desde balcones y ventanas.
Barricadas se levantan en la Puerta del Sol,
donde acuden los gabachos con cañones.
La plebe por armas gritaba,
frente al parque de artillería.
El capitán general no arriesgaría a sus hombres.
Los obispos condenan los alborotos.
Los hacendados cierran sus mansiones.
No cabía sino defenderse con cuchillos.
Los impetuosos Velarde, Daoíz y Ruiz
toman el arsenal de Montelón.
Avanza la procelosa refriega,
bajo los soportales de la Plaza Mayor,
contra la caballería, entre sablazos y balas.
Se extienden los combates callejeros.
Paisanos y jinetes se destrozan en la Puerta de Toledo.
Intrépidas mujeres prenden la mecha de los cañones.
Rastros de sangre vierte la fusilería imperial.

En la madrugada del 3 de mayo,
los capturados, arrastrados de sus hogares,
caminaban atados en grupos.
Un reguero de sangre manchó la montaña del Príncipe Pío.
Tras el silencio impuesto por las ejecuciones,
Murat dio cuenta a Napoleón:
«miles de muertos en combate».

EL PINTOR DE LA CATÁSTROFE

Goya se acercó al lugar de las ejecuciones,
y dibujó los charcos de sangre, las cabezas cercenadas,
los disparos a quemarropa y el desangre de entrañas.
El arrodillado, ojos de desespero, manos estigmatizadas,
abriéndose los brazos.

El fraile cabizbajo, con las manos juntas.

El que miraba hacia las tinieblas,

Fuerza era acusar los absurdos.

Trastornarse con la desesperación,
con la ignominia de aquellos cuerpos despedazados,
cadáveres encharcados de su propia sangre.

Pintor de los diabólicos arlequines,

hizo el inventario de la locura:

los despojos de empalados y apuñalados,
carreteados al cementerio;

el fuego sobre el fondo de las casas sesgadas.

Mostró con crudeza los muertos de la Aljafería,

la sangre derramada en Zaragoza.

Inmortalizó al carpintero acuchillando a los franceses.

A la valerosa Agustina, prendiendo el fuego,

disparando los cañones y los cadáveres a sus pies.

La fiereza de Palafox bajo las campanas de El Pilar.

Niños arrastrando cadáveres de franceses.

Suplicios y furias de las turbas salvajes.

Derramó fiebre sobre los cartones:

bajo el cielo plomizo de los horrores,

denunció los estragos de la carnicería.

EL PAÍS LEVANTADO EN ARMAS

Nadie quería al usurpador «Pepe Botella».
Los liberales convocan al pueblo a romper cadenas;
pasear las cabezas de los intrusos
por servicio a la patria.
Los napoleónicos demolieron los muros de Córdoba.
Bombardearon Zaragoza.
Teniendo los escombros por trincheras,
y haciendo fuego desde las ventanas,
el gentío afrontaba el cañoneo,
y se lanzaba contra los granaderos.
La ley era aplastar a los gabachos.
En Valladolid, el Empecinado agrega su partida
a las tropas de Gregorio Cuesta,
quien se hizo fuerte en Medina de Rioseco.
Mas las turbas apenas pudieron con los depredadores,
que violaron a mujeres,
tras lanzarse sobre los altares.
Como ocurrió en Cuenca,
donde Caulaincourt saqueó la catedral.
Hubo prodigios de desesperación:
un moribundo, bayoneta clavada en el pecho,
acometió a seis soldados franceses, matando a cinco.
Entre cadáveres amontonados,
Palafox les daba guerra en Zaragoza.
En el estallido de Andalucía,
sufrió Dupont golpes de mano.
Desde las cumbres de Sierra Morena
hacia Despeñaperros, retrocedieron los napoleónicos,
y en Bailén rindieron las armas,
frenados por los hombres de Castaños.
Expulsado por los guerrilleros,
José I abandonó Madrid.
Vino desde los Pirineos el Caudillo de Europa.
Avanzó con cuarenta mil hombres
para devolver el trono a su hermano.
Incendiando ciudades por sorpresa,
lanzó sus regimientos de asalto,
cuyo fuego tras los muros los sitiados aguantaban.

El mariscal Soult reclutaba varones españoles
para arcabucear a los propios compatriotas.
Con la consigna de hasta la muerte resistir,
Álvarez de Castro defendió Gerona.
El Empecinado se adueñó de Soria y Salamanca.
Espoz y Mina y Díez Porlier
marcharon sobre superpuestos féretros.
En Navarra, los bandoleros emponzoñaban víveres.
Con la flota inglesa en el golfo de Vizcaya,
los atrincherados bloquearon Pamplona.
En Calatayud, se peleaba por los almacenes de granos.
En Cádiz, los liberales blanden su insignia.
Que el pueblo a sí mismo se ha conquistado,
la Junta de Valencia declara.
Jáuregui pasó a bayoneta a los invasores en Guetaria.
Tras la victoria de Arapiles,
la muchedumbre, en la Puerta del Sol,
aplaude a los guerrilleros.
La soldadesca inglesa invadía San Sebastián,
y José I, a la desbandada,
dejaba caer obras de arte y joyas por la carretera.
Durante todo el trance,
don Fernando disfrutaba de festines en Valencia.

EL HÉROE REBELDE

A la vez que se yerguen los liberales de España,
Bolívar marcha para la guerra a muerte.
Entre esqueletos y fincas asoladas,
después del descalabro en Puerto Cabello,
volvió con estandartes desde Nueva Granada.
Ofrecía ascensos según el número de cabezas cortadas.
Cruzó los Andes, marchó de Trujillo a Caracas,
puso en fuga cinco ejércitos.
Con sus admiradoras disfruta triunfos redoblados.
Merecía la pena forjar repúblicas
para someter a los pérfidos felones.
Descuartizar a Boves, de cuyos lanceros huyó,
dejando tras sí las alhajas de las iglesias.
Sufrió de fiebres y almorranas,
cuando fusiló a Manuel Piar, por insumiso.
En aquellas planicies inhóspitas,
no había más que sangrías.
Comandó el batallón de los ingleses,
desde aquellas estrechas quebradas.
Avanzó hacia Quito, escalando precipicios,
cargando la bayoneta contra los realistas.
Para asolar Ayacucho, atravesó la cordillera.
Mandatario sobre cuanto quedaba de sedición,
los indios danzaban en su loor.
Con las mejillas cadavéricas y el cuerpo descarnado,
por la ventana, huyó del atentado en Bogotá.
Seguían conspirando los cabecillas rebeldes.
Lo inexorable no tardó en golpearle.
Sobre el volcán de las facciones,
salteadores asesinaron a Sucre,
el más ínclito de los generales.
Asomaban en Cádiz, como sombra nefasta,
las naves oriundas de Liverpool.

DE DESEADO A IMPOSTOR

Las guerrillas permitieron su regreso.
Las Cortes invalidaron su renuncia.
De sus labores de aguja en Valençay,
rey de todos vino a ser el séptimo de los Fernando.
Apenas cruza el arco del Triunfo,
establece la pena de muerte
para quien defendiese el hito gaditano.
Encarcela a los regentes del Consejo,
y restablece la Inquisición.
Destierra, prende, confisca bienes.
Atropella cuanto ve delante.
Castigó a Díaz Porlier con la horca,
y a Luis Lacy con fusilamiento.
En Cádiz, tomado como rehén,
escuchó el “trágala perro” de las tabernas.
Contra los que lo calificaban de mamarracho impostor,
a devolverle poderes llama a los Cien Mil de Francia.
Manda al exilio a Martínez de la Rosa,
quien lo había forzado a jurar la Constitución.
Había que complacer a los de crucifijo en pecho.
Acribillar a bayonetazos
e izar en la horca al salvaje Empecinado.
Ahorcar también a Riego,
y despedazar sus despojos en la Plaza de la Cebada.
Llevar al cadalso a la obsesionada Mariana Pineda,
que la bandera republicana había bordado.
A la postre, fusilar a Torrijos
con cincuenta adictos en Málaga.
Después de tanto afán de tirantez,
el Deseado, achacoso, promulga la Pragmática
para el derecho de hembras a herencia.
Nace Isabel y los carlistas se pertrechan para la pugna.
Tuvo Calomarde la osadía de pedirle,
moribundo en el lecho,
que revocase la Pragmática.
Caso rematado, con decisiva bofetada, por la infanta Carlota.

LA REGENCIA

El barrio de Maravillas encendió chisperos por la sucesora.
La clerical camarilla se enfervorizó por don Carlos.
 María Cristina con los magnates
 custodia a la niña amenazada.
 El Sagrado Corazón como estandarte,
 los de sotana bayonetas afilan.
El matrimonio morganático acelera el tropel progresista.
 La Cuádruple Alianza liberal
 aportó buques franceses y armamento inglés.
 Se extendió la especie,
según la cual los frailes envenenaban fuentes.
 Las iglesias fueron pasto de las llamas.
 Se amotinaron en la Granja los sargentos,
 y con uno de ellos se entretenía la regente.
 Don Carlos María Isidro jamás aceptaría
que el pueblo sucumbiera a aquella facción sin religión.
 De sus majadas, salieron, con puñales,
 campesinos de Álava y Guipúzcoa.
 Espartero cortó el brote en Bilbao.
 Estrechó a Maroto en Vergara,
 y fusiló al batallón recalcitrante.
 La matanza se alargó en villa y campo.
 Prosiguió la resistencia Cabrera, el Tigre.
En represalia, su madre fue pasada por las armas.
Espartero se pronuncia contra el nombramiento de alcaldes,
 y de María Cristina se deshace.
Expulsa al nuncio, y fusila a los generales rebeldes.
 Queda la niña rehén de los progresistas.
 Narváez se decide por la tremenda,
 pero el asalto fracasa,
y sigue secuestrada la pequeña monarca.
 Se subleva entretanto Zaragoza,
y Barcelona proclama Cataluña independiente.
 Desde el castillo de Montjuich,
 atufóse Espartero, disparando cañonazos.
Pero en Sevilla se atolondra como reo de execración.
 Narváez desembarca en Valencia,
 y pone a la niña al frente de los implacables.

LA REINA Y LOS GENERALES

Al cambiar por valedores sus juguetes,
la niña tuvo a Narváez contra los díscolos,
y al “bonito Serrano” para el servicio de alcoba.
Olózaga, el progresista, sale por la puerta de Toledo,
por la cual María Cristina entra,
en coche, con Fernando Muñoz.

Los generales aprestan legalizar la Dictadura.
Igual de urgente era “malmaridar” a la marioneta.

Lo apremian las potencias,
y el primo de la vocecita se hace con la mano.

La Plaza Mayor manó fuentes de vino.

Gastando bromas,
canta doña Isabel en veladas musicales.
Se ufanaba en ser la chungona de la navaja en la liga.

Un periodista disparó contra su faetón real.

Se armaba un complot en la plaza Mayor.

Sable en mano, el duque de Valencia
acomete a los conjurados.

Reinstala a los obispos en sus sedes,
y apaga las chispas del “Ministerio Relámpago”.

Si don Francisco holgaba con don Meneses,
escotada, con túnica ceñida,

las formas bien marcadas en la estampa,
doña Isabel disfrutaba de las verbenas de barrio.

Iba a presentar a la infanta a la patrona de Madrid,
cuando el estilete de fray Merino resbala en sus bordados.

Tras la herida ligera y el garrote al energúmeno,
bailó con moderados el rigodón

y con progresistas, al ritmo del chotis.

Fue menester poner en Espartero esperanzas,
cuando la multitud el palacio de doña María Cristina asaltó.

Pero con él se indispuso,
por las arenas de la desamortización.

Se manifestó por Narváez.

Pero el Espadón porfiaba por fusilar a Serrano.
Puigmoltó era el que entonces le raptaba la voluntad.

El Consorte intentó acceder a sus aposentos.
Se lo impidió Narváez,
de cuya espada falleció Urbiztondo,
el Ministro de la Guerra.
Eran tiempos de sables desenvainados.

O'Donnell recoge la imperiosa tarea
de a progresistas y carlistas someter.
Conspira don Francisco de Asís.
Castelar solivianta a los krausistas.
Los militares no cejan en sus algaradas,
y vuelve Narváez, tras la caída de O'Donnell,
y O'Donnell cuando cae Narváez.
Doña Isabel llama a los progresistas,
y pone en venta los bienes de la Corona.
Castelar considera el rasgo un desacato a la ley.
Perdió la cátedra,
pero la martingala socavó la monarquía.
La noche de San Daniel se hizo matanza estudiantil.
Los sargentos del cuartel de San Gil
frugaron tal torbellino,
que la población levantó barricadas.
La marina en Cádiz logró adhesiones de rebeldes.
La Junta grita ¡abajo los Borbones!
Jornaleros y campesinos asaltan fincas.
Se levantaron las gentes de la Huerta.
Prim atacó por Levante.
Serrano, invicto, marchó hacia Madrid.
Nada pudo Novaliches en Alcolea,
González Bravo no logró tirar el puñal.
Doña Isabel, con la unanimidad en su contra,
sobrada de ignominiosos apodos,
huyó por San Sebastián.

AMADEO DE SABOYA, EL REY EXTRANJERO

Tras un septiembre de zarandeos,
la deuda como soga en los cuellos,
marxistas, bakuninistas y obreros su rabia mordían.
Con las riendas de la Regencia,
el vencedor de Alcolea recorta poderes del dogma.
Se destituyó a los ultramontanos.
Se quiso hacer de San Francisco el Grande
un Panteón de revolucionarios.
Se contempló la posibilidad
de convertir a Espartero en monarca.
Prim recusa a los preferidos de Serrano y Sagasta.
Contra el nombre de Leopoldo de Hohenzollern,
se envalentona Francia.
Cuando, al cabo, se coronó al duque de Aosta,
Cánovas del Castillo dijo
que no se elige en las urnas a un rey.
Augurio funesto:
en noche aciaga, frente a una taberna,
de la calle del Turco,
El sicario Paúl y Angulo dispara cinco estampidos.
A los tres días del trance agónico,
don Amadeo visita el cadáver de Juan Prim.
Pululaban banderías,
el clero capitaneaba la oposición.
Serrano apagó la llamarada de Carlos María de Borbón,
y el incendiario cura Santa Cruz hizo caso omiso
del convenio de Amorebieta.
Ruiz Zorrilla y Sagasta, a trancas y barrancas,
rompen los carriles de la coalición.
Los monárquicos a la deriva,
los generales empuñan las armas.
Serrano pide la supresión de garantías,
y el rey se opone a la medida.
Cansado de republicanas asonadas,
el dignatario del *risorgimento*
fuma su cigarrillo en la calle del Arenal,
cuando disparan contra su persona.
Le acosan los conspiradores,

cuando exige de Sagasta explicación de uso de fondos
de la caja de Ultramar.
Los cuarteles se indignaron
con el nombramiento del general Hidalgo de Quintana,
el de la matanza de los sargentos de San Gil.
Que el rey presidiera la corrida de toros
a la gente no importaba.
Se trataba del hijo del carcelero del Papa.
Todo era lema para desarreglo:
enconos de trabajadores y de carlistas;
el cuerpo de artillería, la guerra de Cuba,
y el desagravio reclamado
por los presidentes de las Cámaras, por no haberles recibido,
con ocasión de la presentación del infante.
A don Amadeo, se le han atragantado las Cortes.
“Conozco que me engañó mi buen deseo”,
dijo, retirando la corona de sus sienes.

EL EXPERIMENTO REPUBLICANO

"De aquí saldremos con la República, o muertos",
dijo Estanislao Figueras.

Cristino Martos, a regañadientes,
azuza a la Guardia Civil y a la Milicia Nacional.
Grita independencia el *Estat Català*,
y hubo de alfonsinos y progresistas otro agolpado intento.
Que la revolución era la paz, creía Pi y Margall,
prometiendo cambiar proletario en propietario.
Desbordado por los alborotos cantonalistas.

Tampoco Salmerón logró deponer la intransigencia.
No purificó el sufragio, ni cosechó la concordia.
Disparó contra los marinos de Cartagena,
y no impidió los disturbios carlistas.
Recusóse a firmar las sentencias,
cuando la Asamblea Nacional exigía la pena capital.

Forzado a gobernar como alguacil,
en Cartagena, Castelar los guantes se quita.
Atestiguó que habían cesado los motines.
Acto seguido, por la Carrera de San Jerónimo,
hombres armados invadieron el Palacio.
Cruzando, entre relinchos, los pasillos,
contra la galería disparó el general Pavía.
Los congresistas saltaron por las ventanas.
El hemiciclo de las Cortes enseñaba la República deshecha.
Hubo que dar abasto al estado de sitio,
y diez meses de interinidad,
con Serrano de caudillo pretoriano.
Tambalearon los soldados en Somorrostro y Bilbao.
La asonada de Martínez Campos
liquidó el preámbulo republicano.

ALFONSO XII, ENFERMO Y LASCIVO

Rey castizo, por los monárquicos ensalzado,
el duodécimo Alfonso despejaría el porvenir.

Se le proclama por espadas y tropas.

Al lograr que don Carlos abandonara la partida,
trajo laureles, a lomos de su caballo blanco.

Un vómito de sangre, ocultado por Cánovas,
le costó la campaña.

Igual le daba la reyerta entre Iglesia y antidogma.

Embozado en callejera noche,
por sus amigas quemaba el alma.

Las Cortes Constitucionales abrieron las puertas:
entran Antonio Cánovas, con la conservadora bandera,
Sagasta, con la de los masónicos,
Pi y Margall con la federalista.

Los fueros vascos engendran la barahúnda.

Caciques chaquetean con el pucherazo,
y la oligarquía escucha el clamor
por la roturación de las tierras.

A coger las hoces, Joaquín Costa incita al proletario.

Menéndez y Pelayo

ataca a los de la libre enseñanza,

Don Alfonso toleraba las desavenencias,
con tal de que no tardase en llegar doña Mercedes,
que la fatalidad amortajaría a los cinco meses del enlace.

Lloró con López de Ayala en el Congreso,
pero halló consuelo en los brazos de la diva.

Pañuelo metido en la bota,

aún le quedaba histamina para otra contralto.

Por fortuna escapó de los tiros del tonelero.

Salió indemne de otro intento regicida,
a sólo un mes de la boda con Doña Virtudes.

Se sentía arropado por hombres pragmáticos,
pese a las burbujas republicanas,
y a las penas de muerte ordenadas por Sagasta.

Estropeaba los pulmones en las juergas.

Podía dejarse ver con su favorita

e indisponerse con Cánovas,
cuando la expulsó, a instancias de la reina.
Su represalia fue frecuentar
las veladas de Blanca de Escosura.
Tuvo aún lozanía para sufrir silbidos en Paris
y repartir consuelo con los míseros.
De día en día, sobre escombros caminaba.
Inútiles las aguas de Betelu,
el cambio de residencia a El Pardo
tampoco lo ayudó a levantarse.

LA REGENCIA Y EL 1898

Sagasta alternaba con Cánovas,
y “doña Virtudes” guardaba el sexo,
según aviso del difunto rey.
No bien se arranca con fórceps al ansiado varón,
ya se descubre la primera bomba.
El pandemónium convulsionaba las pasiones.
Se subleva el general Villacampa.
Pablo Iglesias concita la confianza de los obreros.
Tras el anatema de las bombas, en Barcelona,
oficiales asaltan periódicos,
y se rebelan las tropas de San Gil.
Reacciona Cánovas con fusilamientos en Montjuic.
Un pelafustán napolitano lo asesina,
en Santa Águeda, cuando, inadvertido,
un periódico leía.
Era el presagio de otra conmoción.
Una explosión echa a pique el acorazado *Maine*,
y a una maniobra española lo achacan.
Cunde el fracaso en Santiago de Cuba,
Cervera con la escuadra a la deriva.
Vuelve el hambriento ejército vencido.
En Filipinas, se apastaron los buques.
El Desastre destituyó a Sagasta.
En París, se repartieron los restos ultramarinos.
Ha sido de la cumbre, la caída.
Con anticlericalismo, conflicto laboral,
el Ejército resentido y el anarquismo terrorista,
ya no se podía estar sino a la orilla del abismo.
Pregunta Unamuno si todo está moribundo.
Toda una pléyade hablaba de un antes y un después del 98.
Sabino Arana reclamaba un Estado,
Prat de la Riba pedía autogobierno.
Antonio Machado soñaba con cincel y retoño.
Con tanta expectación a cuevas,
Silvela se retiró, sin pulso.

EL CONVULSO REINADO DE ALFONSO XIII

Alfonso XIII busca novia en París,
y se encuentra con la primera bomba.
Otra le arrojan luego de su matrimonio.
Con militares y sindicalistas,
no le hacía falta bajar a los infiernos.
Unas damas repartían escapularios
entre los que embarcaban
hacia el hierro de Melilla o hacia la muerte.
Pronto vocearon los insufladores.
Barcelona fue pasto de rapiña.
A Ferrer Guardia se achaca
la instigación de la Semana Trágica
y el consejo de guerra en mártir lo convierte.

El “no” a Maura precipitó su desahucio.
Entra en escena José Canalejas,
esterilizando congregaciones.
Incordiaban las izquierdas insatisfechas,
y los conservadores hablaban de rigor y flagelo.
El rey indultó a seis de los que en Valencia
cometieron delitos capitales.
Cuando el séptimo fue castigado,
clamores en la Gran Vía denunciaron
que hubo mártires de la libertad.

El jefe del gobierno salió a pie.
Miraba un escaparate de libros en la Puerta del Sol,
cuando el facineroso Pardiñas disparó.
“Murió por mí, del mismo modo también finaré”,
lamentó Alfonso XIII, presagiando
lo de la calle de Alcalá, de donde escapó chamuscado.
Los cañones cubrían Europa de duelo.
Torpedearon barcos españoles.
Crecía el fragor de las agitaciones.
Jornaleros asaltaban las panaderías.
Protestaban los mineros en Asturias.
El rey se acuarteló, solapado.

Con la ciudad condal a oscuras,
sobrevino la huelga de transportes públicos.
El cuerpo de telégrafos militarizado en Madrid.
Violencia desde arriba, represalia desde abajo,
patronos y la CNT con sus matones,
“cuesta un cartucho la vida de un obrero”,
apostilla el capitán general de los mataderos.
Sin escolta, Eduardo Dato cruza la Puerta de Alcalá.
Tres asesinos, desde una moto,
disparan dieciocho muertes contra su coche.

Fueron pasto de rifeños
las desbandadas tropas de Silvestre,
humilladas por el sambenito de la derrota,
y les obsesionaba la fiebre de revancha.
García Prieto era un gato con guantes.
Luciendo uniforme de infantería,
el rey se disfrazó de aturdido.
Desde su envalentonamiento colonial,
Primo de Rivera frenaría el volcán de los hechos.
El país, cansado de pistoleros;
la multitud aclama al santón de su parroquia,
que se anuncia como el cirujano de Joaquín Costa.
Pero lo difaman los intelectuales.
Los catalanes soportan mal la mancomunidad anulada.
No hacía falta ser Marqués de Estella
para proscribir diputaciones y Ateneo.
Cataluña y El País Vasco llaman a la puerta de las autonomías.
Como remedio para el letargo nacional,
el dictador desembarca, con franceses, en Alhucemas,
y sofoca el alboroto marroquí.
Amaña, por decreto, una asamblea
con cuatrocientos caciques.
Las capitanías no reconocen su sacrificio por la patria.
Crecen los conflictos laborales,
las protestas estudiantiles
y las reivindicaciones artilleras.
Primo de Rivera sufre un mareo
y devuelve los poderes.

Un consejo de guerra fusila
a los capitanes Fermín Galán y García Hernández.
Lo que no impidió la conjura en Cuatro Vientos,
las denuncias de Indalecio Prieto
y el *delenda est monarchia* de Ortega.
Sánchez Guerra reclutó ministros en la cárcel,
pero los socialistas lo rechazaron.
Azaña pedía las destrucciones deseadas.
Maciá, desde el balcón de la Diputación,
saludó las libertades irrefrenables.
Las municipales registraron la defección monárquica
Impuso Alcalá Zamora que el rey tenía que irse.
En vano, La Cierva quiso ejercer de tremebundo.

LOS ESPASMOS DE LA REPÚBLICA

La feligresía no traga
lo del estado aconfesional,
ni las iglesias convertidas en hogueras.
La milicia vaticana denuncia las saturnales piras,
y Miguel Maura expulsa de España al cardenal Segura.
Con más de cien mil clérigos Azaña se enemista.
Abre fuego en San Sebastián la benemérita,
matando a ocho ácratas.
En Sevilla, el desatino termina en cañonazos.
Se añadieron tropelías patronales
a las coacciones de los sindicatos.
La Guardia Civil dispara contra los huelguistas.
A puñadas, entra en el festín la CNT,
contra la “República burguesa”,
que derramara sangre proletaria.

Reducir los efectivos castrenses
azuza el avispero de los regimientos.
Extinguir el presupuesto del clero
atiza el rencor de los curas.
Reformar la propiedad agraria
atrajo el acoso de los latifundistas.
Cuatro días de comunismo
vivió el valle del Llobregat.
En Castilblanco, hubo reyertas mortales.
En Manresa, los mineros han volado el polvorín.
Pese a la ofensiva de Sanjurjo,
se asentaron cuatro mil campesinos.

Cuando los jornaleros en Casas Viejas
cercan el cuartel de la Guardia Civil,
la Guardia de Asalto ametralla a los sublevados.
En el Congreso, barítonos y tenorcillos
abominan del régimen enlodado de vergüenza.
Emerge Largo Caballero como Lenin español.
Gritando “¡Jefe, jefe, jefe!” hacia Gil Robles,
la CEDA aclama a su Mussolini.
Con el brazo extendido,

alza los tacones José Antonio Primo de Rivera.
Lo sublime era soñar con escopetas.
Los anarquistas se manifiestan con dinamita.
La patronal agraria rebajó salarios.
El paro obrero llenó las calles.
Los prosélitos del atropello esparcen municiones.
Las Vascongadas bullían como hervideros.
Cuando Companys proclama la República Catalana,
el ejército cañonea a los insurrectos.
Oviedo fue capital de la utopía,
con treinta mil mineros alzados.
Y capital de la masacre,
cuando acudió la Legión con aviones y dinamitas.

Gil Robles anuló las reformas.
Lerroux dimitió, acosado por el estraperlo.
De la prisión al mitin del campo de Comillas,
sale Azaña con puños levantados
para amnistiar a treinta mil presos.
Los cuarteles patrocinan asaltos.
En las cárceles, andaban a tiros.
En las calles, pasaba lo peor.
Los falangistas atentan contra Jiménez de Asúa
y matan al magistrado Pedregal.
Las Juventudes Socialistas firman su pacto.
Trabajadores izan la bandera roja
en el Palacio de Gandía.
La UGT exige venganza por la represión en Asturias.
Entre reyertas callejeras
y desafíos de puños y pistolas,
una atmósfera de asfixia se apoderó del país.

EL VÓRTICE DE LA CATÁSTROFE

Calvo Sotelo, en las Cortes,
pide la embestida militar.
La Pasionaria contesta que el pueblo
metería en cintura a los golpistas.
Los falangistas no tardan en asesinar
al teniente José Castillo.
Queipo de Llano, en Sevilla, amontona cadáveres.
En Zaragoza, Cabanellas
fusila al director general de Aeronáutica.
Calvo Sotelo es acribillado por verdugos socialistas.
Los milicianos se apoderan de fábricas y fincas.
Revancha clama la Santa Sede por sus mártires.
En Marruecos, el "Movimiento" asesina a los que resisten.
En el Estrecho, los marinos se amotinan contra los sublevados.

Las zonas de choque fraguan la catástrofe.
El Comité de Milicias levanta barricadas en la plaza de Cataluña.
La Guardia Civil y los anarquistas
dominan a los gerifaltes en las Atarazanas.
El general Yagüe comanda en Badajoz la masacre,
rematando a los heridos en las camas del hospital.
Los republicanos cañonean
el cuartel de la Montaña en Madrid.
En Granada, cerrados los balcones,
corre la población desesperada.
Entra en la Huerta de San Vicente
el escuadrón del crucifijo negro.
De la calle de la Gracia, entre fusiles,
Federico es arrastrado
hacia la última desesperación.

Ante el pánico de las sirenas,
los atrincherados ayudan a los heridos.
Con los bombardeos y los escalofríos,
llueve ceniza sobre la sangre esparcida.
No hay cementerio para tanta muerte.
Se sale a la calle con dinero, y no hay qué comer.
Muchos van a trabajar, y no regresan.

Mientras abre zanjas para los asesinados,
el general Mola emite su refrán:
“Yo veo a mi padre en las filas contrarias, y lo fusilo”.
Surcando la huella de los fusilamientos,
el ejército de África ataca Talavera de la Reina.
Acto seguido, domina Irún y Guipúzcoa.
El coronel Moscardó se atrinchera en el Alcázar de Toledo,
y queda sitiado por los milicianos.
La fortaleza bombardeada por los franquistas,
Varela lava con sangre las aceras.

Sobre Asturias prueba
sus tormentas de fuego la Legión Cóndor.
Gonzalo de Aguilera prometió
“matar a los rojos como a animales”,
y los rojos fusilaron a José Antonio Primo de Rivera.
En Madrid, bajo fulminantes cargas,
resiste Miaja con el Quinto Regimiento.
Bajo polvo de cristales y brasas de metralla,
cava trincheras La Pasionaria.
Sobre el foso del Manzanares,
cuerpo a cuerpo, se matan los temerarios,
y en la Universidad, entre escombros,
sangran los huracanados.
Hitler y Mussolini experimentan la descarga.
Después de masacrar Málaga,
Queipo de Llano ordena “café”
para los que, de rodillas, tenían pistolas contra las nuca.

El ejército popular fija mandíbulas dinamiteras
en puentes del Jarama.
Con tanques rusos, en Guadalajara,
rechaza los aviones fascistas, pero en Durango
la escuadrilla italiana abate a las víctimas,
al pie de los altares.
Más de tres horas ametrallada,
Guernica fue laboratorio de devastación.
Los heridos empapados de sangre,
Brunete quedó como un bombardeado cementerio.

Desde el palacio de la Ciudadela
estallan pistoletazos.
En el paseo de Colón, cañonazos disparan.
El ejército popular avanza
desde la sierra de Guadarrama a Segovia.
Pronto la Legión Cóndor doblega Bilbao.
Enarbolando retratos de Mussolini,
entran los italianos en Santander.
Y en Gijón, tras el martirio sobre Oviedo.
Bajo explosiones aterradoras,
Barcelona destrozada,
calles abarrotadas de cadáveres,
aceras colmadas de agonía y casas calcinadas,
la gente oía los Junkers,
y corría como loca hacia los refugios.
Vicente Rojo aprestó la ofensiva.
En Teruel, hombres, baterías y carros,
bajo el cañoneo, y un frío de tormenta,
se instalan sobre nevadas ruinas.
Chispean conventos atrincherados.
Los aviones nacionalistas lanzan tormentas de acero,
acribillando a los republicanos.

Puertos, vías de tren, puentes y viaductos
volaban como polvareda.
Niños lloraban, perdidos.
Las madres, bajo la vorágine,
los buscaban entre las cenizas.
En botes, cruzando el Ebro, avanzan Modesto y Líster.
Vicente Rojo marcha a través del Maestrazgo.
La aviación alemana lanza sus cazas
sobre los republicanos, cañoneados en el frente de Gandesa,
y en las crestas de la sierra de Cavalls.
Ardieron tres meses de asaltos,
al cabo de los cuales retrocedió el ejército popular.

Rompen el frente de Aragón los nacionales.
Entran por Tarragona, llegando al Llobregat.
Fue el Ebro su postrero obstáculo.

Entre barrios de barranco y balas,
al fin cayeron Barcelona y Madrid.
Aunque Negrín, con los comunistas,
siguiera hasta el epílogo,
ante la defección de Casado,
se confrontaban los frentes de la República.
La Guardia Civil detenía a los alcaldes del Frente Popular.
Recibe Franco, complacido, de Pio XII el telegrama:
“alzando nuestro corazón a Dios,
agradecemos a Vuestra Excelencia”.
Sonaban los últimos bombardeos en los campos de montaña.

REO DE MUERTE

Desde los pastos de Orihuela
hacia la tormenta de las trincheras,
entre cajas llenas de muertos estuvo.
Soldado en primera línea de fuego,
arrastró a los compañeros ensangrentados
y se comió pan mojado en sangre.

Cercado de balas,
recitaba poemas con altavoces.

Se agotaba en el frente,
en los nevados sufriendo el frío,
mientras los intelectuales bailaban
en el palacio de los marqueses.

Perseguido en todas partes,
hambriento, en la puerta de Portugal,
vende el reloj que le había regalado Vicente Aleixandre.

Desde Rosal de la Frontera,
los salazaristas a la Benemérita lo entregan.

Apaleado hasta orinar sangre;
desde entonces, de cárcel en cárcel,
fue galardonado con palizas.

Rodeado de candiles de agonía,
el hierro infernal en su costado,
dardos de pena sofocaban su aliento.
Sin blanca para acudir a un sanatorio,
después de sacar pus de los pulmones,
ratas, piojos y pulgas fueron sus valedores.

La hemorragia, la neumonía,
la tuberculosis y las fiebres tifoideas
fueron su palma de martirio.

No era necesario fusilarlo.
Bastaba con entregarlo a los carniceros.
Miguel Hernández exhala el último suspiro:
cardo de luz, labranza de fatalidad.

EL CAUDILLO OMNÍMODO

Lo primero del Generalísimo
fue cumplir su pacto de sangre.
Cercado de reliquias,
firmar sentencia contra los vencidos:
“*negadles el pan y la sal*”.
Que les pegasen culatazos,
antes del sacramento y de la primera descarga.
El que se levantara para defender a la Patria
gozaría de sus prerrogativas.
En su afán por pacificar Europa,
wolframio ofrece a Hitler.
A sudar sangre, envía a la División Azul.
Manda ejecutar al chico de camisa azul
que lanzara granadas en Bilbao.
Aleja a Serrano Súñer, el cuñadísimo,
que por sus respetos campaba.
Cuando don Juan le demanda el trono prometido,
jura que nunca en mandar soñó,
y, bajo palio, celebra la magistratura vitalicia.
Con un tomate al día,
de cada español mataría el hambre.
Con dosel hasta la muerte,
esperó que el cerco se aflojase.
Tras el fracaso de la guerrilla de Arán,
y de las escaramuzas de los refugiados,
los gobiernos occidentales
lo reputan de contrapeso al poder soviético.
Aterrizan créditos, a cambio de bases militares.
“Ahora sí que he ganado la guerra”, se jacta,
cuando abre Francia sus fronteras y al PCE reprime.
Se limitó a reír,
al conocer la trampa en las manos adictas.
La Falange y los militares ya no se avenían.
Una escaramuza en la Universidad
derriba el escudo del Movimiento.
Ruiz Giménez y Laín cesan,
y preso resulta Dionisio Ridruejo.
Todo atado y bien atado,

no haría la idiotez de Primo de Rivera.
Encaramado en la cima,
el autócrata sagrado
sólo temía la conspiración judeo-masónica.
Probó cuánto valía la opinión pública.
Pese a que unos curas regentasen casas de lenocinio,
extirpó del cine
“las formas provocativamente señaladas”.
Cuando los organismos internacionales
proscribieron su cuartelero estado,
dijo que se trataba de “*una intriga de países corrompidos*”.
Garantizó que no habría hogar sin lumbre,
pero protestaban los hacinados en chabolas.
El Tribunal de Orden Público sofoca los clamores.
Julián Grimau cae acribillado.
¡Qué suerte tenían los que vivos estaban!

Carrero Blanco vuela con una bomba al paso de su coche.
El búnker mata al anarquista Puig Antich.
El 12 de febrero contra el 18 de julio,
se recelan los claveles portugueses.
Hubo atentados a librerías,
garrote vil y clandestinidad.
La iglesia cismática cobija a los huelguistas.
En tiempo de apostasías,
apostar por sí mismo es la pericia.
Dicta sentencia contra los terroristas de turno,
y se retiran catorce embajadores.
El caos incendia la embajada en Lisboa.
Las aguas de la subversión no vuelven a sus cauces,
y el Sahara cambia de señorío.
Los curas advierten de lo caro que cuestan algunos pecados.
El caudillo seguía mandando,
sin misericordia para consigo mismo.
Pronto a la epidemia del reformismo
se añadió el Parkinson,
agregándose al trombo.
Decaído, con los ojos goteando,
desde el balcón del Palacio Real,
el festival de la caterva

fue el último placer de su postrimería.
Preguntó, desde el exilio, Rafael Alberti:
“¿Qué quiere el general, un epitafio?”

LOS AJETREOS DE LA TRANSICIÓN

Tras el “hecho biológico”,
don Juan Carlos hereda la lealtad de los tanques,
pide altura de miras,
y el beneplácito del *Gran Hermano*.
En el umbral de las conmociones violentas,
un lado exhibe las ametralladoras;
el otro exige la demolición de lo vigente.
Con sangre, se escribió la palabra justicia,
en las aceras de Vitoria.
Arias Navarro es desechado con su hora fundacional.
Gira el ovillo Fernández Miranda,
articulando la terna en pleno remolino.
Del vértice, emerge Suárez,
con antídotos de encantador de serpientes.
Con carta de marear, promete al pueblo timonel,
y el astrolabio de su porvenir.
Mellado en la butaca de De Santiago,
los castrenses a regañadientes se lo han tragado.
Echaron todo a rodar los sicarios,
secuestrando al ministro Oriol y al general Villaescusa.
Los ultraístas asesinan a cinco sindicalistas
en la calle de Atocha.
El desmonte del yugo y de las flechas
empieza con aquel silencio,
puños en alto, de los comunistas.
No sin peligros de punta de pistola,
entra Carrillo por la puerta grande.
Los altos mandos profieren aullidos.
Se escuchaban los ruidos de sables, a raíz del indulto.
Reparte la tarta, al centro, Adolfo Suárez.
Todos a gusto en el páramo monárquico.
El conde de Barcelona traga la hiel de la resignación.

Los conciertos en la Moncloa firmados,
y la Generalitat restaurada,
aglomeran obstáculos los vascos.
No se coligan pacto de olvido con memoria de odio.

La cruzada destilaba venenos
en la cafetería Galaxia.
Pedían paz los asombrados ánimos.
Zarandeado por los exaltados,
en el balance de la inestabilidad,
osciló Suárez.
En Guernica, interrumpieron el discurso del rey,
cantando el himno vasco.
“En nombre de la democracia”,
el hombre de los bigotes empavonados
entra en el hemiciclo como en el cosmódromo,
y en un lance de espada y pistola,
hace estallar ametralladoras.
La Acorazada invade televisión y radio.
El Capitán General de la III Región Militar
saca los tanques desde Valencia.
El rey desarticula los nudos.
Las arenas se revolvieron todavía,
cuando se hablaba de compartir la calle.
Rescaldos de alevosa sedición:
ETA asesinaba al general Valenzuela.

FORTUNA Y MORBO

El vuelco del semisocialismo sin Marx
tropieza con la crisis y el decrescendo obrero.
Increpa Redondo al neoliberal conciliábulo.
Por los no logrados ochocientos mil puestos,
cada discrepante aferra la altivez a su postín.
Pesó sobre el acertador de Hacienda
lo de benefactor empresarial.
Se izaron las banderas del desgarró.
En el cambio de chaqueta,
se empeña el vicepresidente, ex anti-atlantista.
La maldición planetaria exigía un escudo defensivo.
Bajo el paraguas de acero estratégico,
el desasosegado séquito se integraría al batallón prosélito.
Otros serían los lastres de la década.
Ni Argel ni Ajuria Enea.
Pistolas como argumentos,
altos cargos acribillados,
los matones se apuntan a lo macabro.

Prohombres toman atajos de trampas.
Adalides del orden malgastan los reservados.
y era de advertir que se sacarían a colación
los dineros de empresas fantasmas.
Infausta condición aquella
de los extravíos de honorabilidad.
Cunde la alarma en los agujeros de la banca.
Los matarifes ejercen de delatores.
A los sátiros, la caja de Pandora.
Se encharcaron los del sucio trabajo.
Por si fuera nada el torbellino,
tirotean a parlamentarios.
El doctor Francisco Tomás y Valiente,
consejero de Estado, fue acribillado
por un tipejo de mustia inteligencia.
El ambiente político
se hizo una pesadilla de claustrofobia.

DIATRIBAS DE EGO

Gobernar justifica soliviantar a la mayoría
y negociar con los del prospecto de pistolas.

Ortega Lara, en un agujero
mantenido quinientos treinta dos días,
no evita la muerte de Miguel Ángel Blanco.

El “Basta Ya” gritaba su repudio.

El concejal de Rentería
y el portavoz socialista de Vitoria
caerían pronto, bajo la bandera sangrienta.

Desde la cumbre de un legado casi unánime,
se escarmentarían los planes soberanistas.

Desde el peldaño de Wall Street, se enaltece
el capitalismo de los amigos.

En pos de la bonanza económica,
llegan los inmigrantes.

En pos del embrollo yugoslavo, parten los aviones.

En vano, la Generalitat exigió sus papeles.

Se protestaba en la universidad.

Se metían en el agujero un secretario de Estado de Hacienda,
la CNMV y la ONCE.

Subvenciones de la UE al lino
redundaron en beneficios privados.

Un pugilato de huelga
evitaba el recorte de derechos sociales.

La televisión adicta conllevó
el lío de los canales digitales.

La Audiencia Nacional y RTVE
jugaban al ratón y al gato.

El litoral gallego petroleado;
detrás de la pancarta, la muchedumbre.

A raíz de la voladura de las Torres,
a segar cuellos partieron las mesnadas.

Lo demás, sin cuidado le tenía.

Tal emprende el precipitado seso.

Nada como estar absorto en su prodigio.

No había causa por qué no firmar en blanco por todos.

¡En materia de César, saltar en el buque,
hacer acto de protagonismo,
y albricias esperar de la fortuna!
De su embrujo no se aparta el taimado,
hasta la caída del antifaz.
Cuando los cuatro trenes explotaron,
el país se hizo un río de clamor.
Un vendaval de gritos bajo el agua.

CONTRA VIENTO Y MAREA

Dando al traste con los pronósticos,
resucita el socialismo cual fénix.
La movilización ciudadana,
por un orden más justo y por la paz;
era la hora de los menos favorecidos.
Habían pasado cosas tremendas.
Vigilar transportes y escaleras fue la orden.
Unos vuelven de Irak y hacia Kabul se despliegan los otros.
Sin quiebra de línea,
había que componer los platos rotos.
El debate territorial
suscita estrategia de hostilidad.
De un lado, se anuncia
la ruptura de la unidad del Estado.
De la acera de enfrente,
se habla de “derecho a decidir”.
Los extremistas abonaban la crispación.
Un lado pedía exhumaciones,
y el otro dinamitaba consensos.
La zozobra financiera,
secuela de la burbuja inmobiliaria,
cierra el grifo del crédito.
Los impagados con la boca en el mundo.
Los humores pletóricos
denuncian el agotamiento de maniobras.
Falta un remendón para los círculos bursátiles.
Para los catastrofistas, el caos está en todas partes.

El término “nación catalana”
suscita recusaciones de magistrados.
Quiso el líder ejercer de apóstol,
negociando con los violentos.
Con ser un Zapatero de obra prima,
enajenóse en la flor de su creencia.
La tragedia del penúltimo día de 2006
hizo recrudecer la confrontación:
enconamientos como lances de capa;

zarpazos hacia el cúmulo de inflexión.
¿Cómo articular los compartimentos estancos?
¿Cómo saber por dónde van los tiros?
Con las asignaciones congeladas,
tijeras a presupuestarias alegrías.
Dilemas para cuadrar el círculo:
¿Cuándo la España de la urdimbre solidaria?
¿Cuándo la «henchida de racimos,
sombreada de olivos, bordada de vides?».
¿Cuándo la estrella del sepulcro del Quijote?

EPÍLOGO

Luis Alberto de Cuenca
(de la Real Academia de la Historia)

Márcio Catunda vino a mí de la mano de mi amigo Antonio Fernández Heliodoro, que fuera profesor mío en el Colegio del Pilar cuando yo tenía siete años. Lo acogí con la consideración que merecía un escritor y diplomático brasileño como él, que ha visitado medio mundo, habla varios idiomas y ostenta una educación impoluta, arcaica, delicada, muy *ancien régime*. Acudió él con Antonio a mi toma de posesión en la Real Academia de la Historia, lo que le agradecí de corazón, y, días más tarde, nos invitó a almorzar en un restaurante muy distinguido. Fue entonces cuando me regaló un precioso poema a mí dedicado, “Las consolaciones de L. A. de C.”, y cuando puso en mis manos el manuscrito de este atípico libro de versos, *Luz sobre la historia*.

Nunca hubiera imaginado que su libro fuese a versar sobre historia de España, y que en sus páginas se atesorara tal cantidad de conocimientos sobre nuestro peregrinaje a través de los siglos. Catunda se ha sumergido en el pasado hispánico y ha urdido una epopeya personal sobre nuestra epopeya colectiva, partiendo de Atapuerca y llegando (¡ay, dolor!) hasta Zapatero. En sus meditaciones, dispuestas en la página como si fueran versos, Márcio escudriña los mil y un rincones de la diacronía española, deteniéndose en sus máximos protagonistas. El amor a España y una erudición apabullante presiden una obra que todos nuestros colegiales de hoy, desorientados por los sucesivos planes de estudio socialistas, deberían estudiar para tener una idea clara y suficiente de la historia de su país, que sigue siendo España (aunque no sé por cuánto tiempo).

Luz sobre la historia se yergue, así, como un fanal poético que ilumina nuestra historia común y muestra cómo los diversos pueblos hispánicos forjaron una empresa común que hoy languidece, víctima de las malhadadas autonomías y de la desidia del gobierno. Que su lumbre - la lumbre de un poeta y diplomático brasileño que ama a España y conoce su historia mucho mejor que la inmensa mayoría de los españoles — alimente la hoguera de nuestra querida nación y nos recuerde quiénes somos y de dónde venimos.

Madrid, 12 de abril de 2011.

Agradecimientos:

A los queridos amigas y amigos Antonio Fernández Heliodoro, Rafael Llopis, Elisa Rueda, Jerónimo de las Heras, Concepción Reverte Bernal y María Ángeles Pérez López, por las revisiones de la obra.

A Laura Branco, por la criteriosa revisión y las sugerencias.

A Luis Alberto de Cuenca, Luis Antonio de Villena y Jesús Palacios, por las palabras de incentivo.